

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 30 DE MARZO DE 1872.

NÚM. 34.

SUMARIO.

Texto.—Ecos, por D. *Isidoro Fernández Flores*.—Crónicas de la quincena, por D. *E. Pérez Galán*.—Semana Santa, por D. *Francisco Paraja de Alarcón*.—Viva la Constitución democrática. Anecdota económica, aunque cara, por D. *F. Saco*.—La sección cuarta del Museo Arqueológico Nacional (conclusion); Fustes y vasos itálico-griegos que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, por D. *Fernando Fulgencio*.—Dos postas portuguesas, por don *Luis Vidart*.—A Petisca, por *X.*—Los pilluelos de Lisboa, por don *Juan Morato Romo*.—Tajos de Gaitan, por don *Narciso Sevilla*, por *J. H. Y.*—Escuela de artes y oficios, por *X.*—El Museo de Ingenieros, por D. *Bernardo Rico*.—Nuevos hallazgos romanos, por D. *Ricardo Becerra*.—No hay deuda que no se pague.—Cuento original (continuación), por D. *Alejo Romea*.
 GRANADA.—Don Narciso Sevilla, dibujo de D. *A. Peró*.—Nuevos hallazgos romanos, dibujo de D. *Ricardo Becerra*.—José Mazzini, dibujo de D. *A. Peró*.—Escuela de artes y oficios, (Madrid). Clase de dibujo geométrico, dibujo de D. *J. L. Pellicer*.—Tajos de Gaitan, dibujo del señor *Rico*.—Museo de Ingenieros militares. Parque de campaña. Trep de puente. Puente militar. Torre para fuellarta, contra los moros, interior de un almacén de pólvora, dibujos de D. *Daniel F.*—A Petisca, dibujo de D. *Rafael Bordallo Pinheiro*.

ECOS.

Hace algunos días, al leer en los periódicos que las damas españolas habían decidido adoptar el traje nacional, no pude menos de alabar en ellas este rasgo de patriotismo. Llena está nuestra historia de hechos heroicos realizados por el femenil esfuerzo; sin embargo, renunciar a la moda extranjera, cambiar el morrion aderezado de flores y plumas que nuestros abuelos llamaban *gorro* y nosotros denominamos *sombrero*—mueble que sirve únicamente para ocultar en él la cabeza—por la antigua mantilla, negra ó blanca, de las majas de



DON NARCISO SEVILLA.

Goya; fijar la inconstancia de la voluble diosa vistiendo la baquinia de plegada sarga que daba á la mujer del pasado siglo cierto aspecto escultural, aspecto de Venus de formas incitantemente veladas con escaso lienzo; recoger de entre los harapos y desechos de ese Rastro inmenso en que el tiempo arroja las modas y los figurines de todas las épocas, el chal de tira, de franjas de colores, cruzado al pecho sobre el oscuro vestido como un arco iris que aparece sobre un cielo tempestuoso; colocar, en fin, sobre la cúpula del más precioso edificio, sobre la cabeza de la mujer, la *peineta*, esa especie de balaustrada de cuerno, balcon de los amores, picota de los maridos, muralla inexpugnable apesar de sus cien artísticas brechas, torre de concha, inclinada como la de Pisa, y como ella firme y graciosa, y llevar á efecto esta restauracion en el siglo en que todo parece dominado por un espíritu de volubilidad infinita, de movimiento incesante, de aspiraciones devoradoras hácia lo nuevo, lo desconocido y lo imposible, en el siglo, reformador y demolidor por esencia, de la electricidad, de la fraternidad universal, del petróleo y del aceite de bellotas, es un propósito tan levantado y una audacia tan supina, que sólo pueden abrigarse en damas españolas. ¡Ah! yo las excitaria á desistir de tan patriótico empeño, si alguna que por esas calles, paseos y teatros se ha presentado ante mis ojos como una figura escapada de los lienzos de Menga ó del pintor de *los Caprichos*, no fuese tan linda. ¡Oh cielos! los que envueltos en el torbellino del siglo queremos ir hácia adelante sin volver atrás los ojos, entre ruinas de troncos y de pueblos, creando nuevas religiones, nuevos códigos sociales y políticos y fabricando nuevas

máquinas y nuevos figurines, todo original, flamante, sin antecedente, historia ni parecido en la sucesión de los tiempos, temblamos, sí, preciso es confesarlo, de que la reacción venga á la lucha con el rostro envuelto en las caladas blondas de rica mantilla, coronada por tauromáquicas peineta, vestida de breve falda y con zapaticito escotado; en el traje de guerra, exterminador y revolucionario de la mujer española.

Que la religión es un sentimiento nacional en nuestra patria, lo prueba que la mujer vista en las grandes festividades de la Iglesia el traje que caracteriza ese otro gran sentimiento español; el traje de las corridas de toros.

Tengo la seguridad de que esta última observación mía ha de parecer más exacta y trascendental á los filósofos que á los sastres.

Pero, ¿me será lícito exponer una duda? Y caso de que me fuere lícito tal exposición, ¿me atreveré yo á decir una sola palabra en ofensa de esas criaturas, bellas, sensibles, dulces y caprichosas, hechas con barro de demonio y espíritu de ángel, para cuyas trenzas, garganta y trajes, dan los campos sus flores, las aves sus plumas, los mares sus perlas y la creación cuanto tiene un destello de luz y de poesía?

¡Jamás! Dios me libre de irritar ese monstruo de odio y amor que se llama mujer... ¡Cuántos sinsabores no me ha costado ya el haber proferido inconscientemente algunas de esas indelicadas palabras que se estréllan en la tierna epidermis femenil levantando horribles tempestades de cascarrilla y polvos de arroz! Muchas veces mi acerada pluma se abrió de puntos y ¡zas! hizo explosión disparando tinta en extenso círculo, manchando el vestido de baile, el peinado, las flores ó la sublime vanidad de alguna hermosa. Inútil era que luego protestase de mi inocencia: un desdefeso mohín, lleno de gracia en medio de su horror, era el castigo de mi culpa: la bella rompía contra mí el fuego sordo de las guerras femeniles. Era vana toda defensa; yo, como todos los que tienen por enemigo una mujer, me sentía morir de una axísis moral: la sociedad entera combatía en mi daño. ¡Haber usado escribir que la seductora marquesa de Tal recibió á sus amigos con un prendido de gasantes, siendo así que eran pasas de Corinto! Arrojad el guante al rostro de un tambor mayor; llamad ladrón á un ministro; robadle las mulatas á un cojo; haced un gran beneficio á un amigo... acaso sea posible una reconciliación; pero no esperéis que la elegante dama, víctima de vuestra falta de conocimiento en hortelizas, os perdona un error que ha puesto en peligro su merecida reputación de mujer de buen gusto.

Ese monumento de cuerno al que ofrecen nuestras bellas por alimento las ondas de oro y ébano de sus magníficos cabellos, ¿es una reacción espontánea del españolismo, ó es nueva tributo pagado á los figurines que vienen de Francia?

Yo debo declarar que he visto en algún periódico de modas parisienses damas con peinetas, caricaturas españolas; cabezas femeniles abrumadas por un edificio de concha ó búfalo, sin relación con el resto del traje; edificio que se levantaba solitario y á modo de castillo español en tierra conquistada, como si la peineta no fuera el broche, el asta-bandera y la corona de la mantilla.

Yo debo decir también que los preñados y vendedores del Rastro, con los cuales mantengo las naturales relaciones que median entre ellos y los aprendices de anticuario, se quejan de que los espléndidos peinets del siglo pasado, magníficos abanicos de concha llenos de preciosos dibujos, grandes y redondos los unos, como los limbos de las vírgenes y santos bizantinos, altos y cuadrados y figurando una teja de oro entre blondas las otras, yacen bajo el cristal de sus escaparates de viejas novedades, sin que nuestras damas los vuelvan el perdido calor colocándolos en sus cabellos, y contraigan segundas nupcias en el siglo con la mantilla.

Las nuevas peinetas no son las de la época de Goya. La diferencia entre unas y otras, es la misma que hay entre nosotros y nuestros abuelos, y reconoce la misma causa: los nietos del alcalde de Móstoles y las peinetas de la Tirana y la Curambá, se han afrancesado... ¡Y para esto, exclamará quizás un veterano de Bailén ó de Ciudad-Rodrigo, se alzó España contra Napoleón, se derribó Zaragoza y murieron en la flor de su vida tantos españoles y franceses!

Reacción espontánea del españolismo, ó imposición de la moda extranjera, la peineta da un no sé qué de picante á la fisonomía de nuestras bellas, que nos atrae y nos subyuga.

Por desgracia, sospecho que ese adorno durará lo que la Semana Santa. Como todo lo que tiene carácter nacional se ha hecho espeso.

¡Hosanna! ¡Gloria al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! clamaba el pueblo de Jerusalén cuando Jesús entraba en la ciudad sagrada sentado en una humilde asna cruzando por enmedio de un bosque de palmas agitadas por brazos humanos, que no parecía sino que la multitud, á manera que en la fábula de Apolo y Dafne, había echado ramas y florecido.

Todo cuanto va unido á esta gran festividad que celebra la Iglesia en el primer día de la Semana Santa debiera merecer el amor, el respeto y la veneración del cristiano... y no todo, sin embargo, lo obtiene.

Jesús dijo á sus discípulos cuando llegaron al Monte de los Olivos:

«Id á esa aldea que está frente á nosotros, y encontrareis al llegar una asna atada y su pollino con ella: desatadlos y traédmoslos.»

Y Jesucristo entró en la ciudad sobre aquella pobre cabalgadura.

No le ha valido á la especie, sin embargo, protección y distinción tan altas. ¡Hay en país de cristianos y católicos animal más despreciado y ultrajado que ese infeliz cuadrúpedo que honró el Rey de tierra y cielo asentando en él la majestad divina?

No ha obtenido el ansodicho animal desde que Jesús entró en Jerusalén sino triunfos de algunas horas; y eso en otros siglos; que el tiempo y la civilización, que todo lo cambian, lo transforman y lo mudan, también han sido preciso es confesarlo, muy crueles y en extremo injustos con los burros.

En algunos pueblos de España se celebraba en el Domingo de Ramos una especie de apoteosis del asno. La Santa Asna era paseada por las calles, llena de cintas, bolsas, trenzas y borlonas de sedá y escapularios, y los vecinos tendían á su paso por el suelo cuantas mantas, albardas y cabezales tenían en sus cuadras. ¡Fugaces ovaciones! Al día siguiente cargaban al cuadrúpedo de costales ó de sacas, y no le dejaban pelo libra de varazo desde el rabo á las orejas! No será yo quien intente añadir una sola espiga á la corona tegida en honor del asno por infinitos varones desde Apuleyo hasta Topffer: su paciencia, sus largas orejas, barómetro del labrador, su ligereza, que compite con la del caballo de Arábia; los diferentes engendros que produce, todos útiles al hombre; la sablidad de su pasión cuando ama, y su valor y fiereza cuando combate con sus rivales; su domesticidad y mansadumbre; su breve dormir y su más breve comer; la afectuosidad con que distingue á sus amos; su conocimiento de los caminos, sendas y vericuetos que frecuenta, y que le señala entre todos los animales como el más apto para los estudios geográficos; todas estas preciosas cualidades de que la naturaleza le ha dotado, sin otras causas divinas, deberían ser motivos suficientes para que la humanidad le honrase. Sin embargo, los pueblos cristianos son los que menos le han estimado por sus dotes morales. Los egipcios le hicieron símbolo de la sabiduría y los hebreos de la caridad. Los gentiles le consagraban á los dioses; le coronaban en las fiestas de Vesta, le representaban en sus monumentos, le erigían estatuas y le colocaban entre los astros. Y no obstante, los cristianos vamos en la historia de nuestra religión hechos que excitan á venerar al asno. ¿Quién salva á Jesús del furor de Herodes? ¿Quién le acompaña en el establo? ¿Quién le lleva en triunfo por las calles de Jerusalén?

¡Pobres asnos! ¡Vosotros sois elocuente ejemplo de la fuerza que tienen la calumnia y la costumbre! ¡Sois acusados de indóciles, de testarudos, de ignorantes y hasta se encuentran desprovistos de armonía vuestros melancólicos rebuznos! Ingrato siempre, el hombre se aprovecha de vuestras virtudes y beneficios, y el más agradecido y magnánimo se contenta con regalaros para los días de fiesta una albarda de labores y una jaca con campanillas.

— El siglo XIX, que es el siglo de la redención universal, debía pensar también en redimir al asno... ¿Quién sabe!...

ISIDORO FERNANDEZ FLORES.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Ya viene, ya se acerca, ya llega... Su proximidad se nota en la atmósfera que nos rodea, en el sol que nos dealumbra, en el suelo que reverdece bajo nuestros pies, en el general alborozo de todo lo creado. En vano espíritus apocados que aún dormitan con perezoso embrutecimiento bajo los pliegues de una ospa, muestran resaca temiendo que no venga tan pronto como ellos, más que nadie, desean. Pero no tiene fundamento alguno esa ridícula desconfianza. Viene á buen andar, sin que nadie la detenga, como resultado que es de las eternas leyes de la vida; viene, como ha venido siempre, impoamente, seductora, llena de encantos, como invencible conquistadora de las almas; trayendo una sonrisa para cada uno, derramando á manos llenas todas las galas, los favores, las alegrías; dando inspiración al artista, conceptos al poeta, expansión al melancólico, salud al enfermo, y á todos contento y vida. Sus dones son repartidos con democrática longanimidad al pobre y al rico, al grande y al pequeño: no hay objeto, por imundo que sea, que no resplandezca, herido por alguno de los rayos de luz que ella reparte á manojos en su triunfal entrada. No hay yerba despreciable que no reciba una flor, ni insecto oscuro que no sea engalanado con su ropaje nuevo de brillantes colores.

Los esqueletos vejetales que, disfrazándose con una andrajosa verdura, hacen todos los años el papel de árboles en la calle de Alcalá, principian á cubrirse de botones: las plantas bajas de los jardines se han anticipado ya, y con sus nuevos trajes están tan guapas que nadie las conoce. Los majestuosos olmos del Retiro no serán los últimos en acudir ataviados como reyes que van á esta grande fiesta de la naturaleza, en la cual sólo se niega entrada á lo que no existe. Adonde quiera que volvéis la vista encontrareis la misma ostentación de vida y de belleza. Las cosas viles, así como las más apreciadas, rivalizan en reñido certamen. Las plantas de los jardines, que crecen y viven con mimo y agasajo, no se cubren de flores con más coquetería que las olvidadas yerbas de los campos. El tiesto puesto en el balcón, el casco de vasija que yace en el muladar con alguna tierra en su convexidad, la grieta del muro, el reborde del ladrillo en la torre, el alero del tejado, todo aquello que ha recibido del invierno un poco de fango, se apresura á eriar una planta, un yerbajo diminuto, un sér cualquiera de los infinitos que han corrido en germen por ahí buscando un rayo de sol que los vivifique y un poco de tierra que los agasaje. Hasta la calavera del jumento que yace arrojada en lugar solitario, por donde no pasan ni hombres ni brutos, ha recogido una semilla y hoy se engalana con una yerba y con una flor lindísima.

Y no hablemos de la vida en otra esfera, no hablemos de la vida animal. Prescindiendo de lo que se ve fácilmente y sin necesidad de ir á escandalizar las muchedumbres de pequeños seres que han establecido sus repúblicas en los rincones, escondrijos y parajes inaccesibles de la casa y del campo, ¿cuántos individuos nuevos que en una hermosa y caliente mañana salen á pasearse por esos mundos, admirados de verse con vida y satisfechos como unos caballeros por haber nacido tan á tiempo en el más bonito de los mundos!

Los que se entretienen en tejer impalpables hilos en las ramas, los que agujerean las cortezas de los árboles, los que ponen sus mesas en las hojas de la palma, los que se meriendan en un día medio arbusto, los vagabundos que no han aprendido mejor oficio que andar por los aires tocando á nuestros oídos una especie de sordo violín, cuyo zumbido nos confunde y mareja; los que todo lo ensucian á pesar de estar cubiertos con corazas de oro, los que viviendo entre basura están condecorados con esmeraldas y rubíes; los sedentarios que apenas se arrastran; los inquietos que no están en ninguna parte; los que parecen locos, los que parecen tontos, todos salen en estos días del misterioso huevo, y para ellos una hora es un año y un día es un siglo, y los charcos son mares inmensos, así como todas las piedras mundos por colonizar, con lo cual son tan felices, que no cambiarían sus estados por los del Czar de todas las Rusias.

¿Qué accidentes, qué despojo hay en la naturaleza que no participe de esta irradiación prodigiosa? Los vídrios rotos que se ven revueltos en el montón de escombros, reverberan de tal modo que ellos mismos se figuran que son diamantes; los andrajos parecen púrpuras y tisús, la tierra se convierte en oro, y no hay miseria que no se transforme al contacto de un sol generoso, disfrazándose, al menos por unas cuantas ho-

mas, con la vestidura de la opulencia. Verdad es que aquí, como en el teatro, la ilusión dura poco.

A esto se añaden, en otro orden de observaciones mucho más elevado, los súbitos renacimientos que tienen lugar en el corazón humano, el despertar de los afectos, que van recobrando su absoluto dominio, mientras la razón principia á mostrarse perezosa, dejando á la fantasía que haga lo que se la antoja; y otros muchos fenómenos de que por ahora haremos caso omiso, porque con lo dicho basta para anunciar la primavera.

* * *

El hombre, y sobre toda el hombre asociado, y más aún, ese ejemplar de nuestra especie que, distinguiéndose por diversos caracteres de índole histórica, etnográfica y geográfica, lleva el nombre de español, es quizás quien aparece actualmente ménos en armonía con la naturaleza. Parece que un hado perverso está empeñado en hacerle eternas leyes de la vida. Cuando todo en la naturaleza respira salud y felicidad; cuando la poesía y el positivismo se dan la mano en amistosa reconciliación, ofreciendo flores al que las quiera y una buena cosecha al propietario, los españoles se aperciben para librar en las urnas electorales una de las más estupendas batallas de los tiempos modernos; y los partidos políticos, que ya van siendo muchos, y bastarían para plantar todos los principios imaginables, si las naciones, como las boticas, fueran perfectas con tener de todo, andan tan agitados que hasta las gentes más pacíficas desean las elecciones, al ménos para que no se hable más de coalición, suponiendo, por supuesto, que esta sea transitoria, como sus autores han dicho.

Ya se oye el crugido de las masas electorales, interpestivamente echadas á rodar por el furor político que bule en la aldea con más violencia que en la capital; se ven cruzar por los aires en fatídico desorden ramas de acedruco y de Fresno, que no paran hasta encontrar las costillas de un pújimo. El petardo, esa broma terrible de nuestros comicios, se confecciona en silencio para que estalle á deshora en las cercanías del colegio, poniendo en dispersión á los que con mayor celo asisten al acto. Los mozos (y de estos hechos no hacemos responsable á ningún partido, pues desgraciadamente ninguno está libre de pecado), se preparan; el pandillaje se organiza: hasta se puede asegurar que en alguna localidad se sienta ya el rechinar de las navajas; que no habian de quedarse quietas estas nobles armas, cuando otras se mueven tanto. Todo anuncia el gran acontecimiento, distinguiéndose principalmente por su actividad los que han escrito siempre en sus banderas anatemas contra el liberalismo y su forma característica, que es el sufragio.

Deplorables son el marasmo y la indiferencia de los pueblos, cuando abandonando sus destinos en manos de una corte ó de una oligarquía, apenas dan señal de su existencia cuando se les consulta por mera fórmula su voluntad; pero también es triste la excesiva inquietud de los partidos luchando en las urnas con terrible encarnicimiento, y juzgando que la paz ó tal extremo enaltecida puede conseguirse, sólo y sin el auxilio de la prudencia, el triunfo de los principios.

* * *

Cuando esto pasa aquí, cuando en Francia no van las cosas tan bien como fuera de desear, ¡dichosa Inglaterra que puede consagrar algunos días y una buena cantidad de libras á dar gracias á Dios, prueba evidente de que aquel país ha recibido favores extraordinarios de la Providencia! El *Thanksgiving* ó *Te Deum*, que decimos los católicos, celebrado en Londres con motivo del restablecimiento del príncipe de Gales, ha sido una de las más espléndidas fiestas de la monarquía, fiesta á cuyo brillo ha contribuido el arraigado sentimiento político de aquella gente y el respeto y amor de que es objeto la augusta familia que ocupó el trono. Por un lado iluminaciones, ceremonias cortesanas y religiosas, músicas, procesiones, uniformes anticonados, cabalgatas, arcos de triunfo con los lemas de siempre, en suma, todo lo que es oficial; por otro todo lo que es popular, es decir, el alborozo de la multitud, el aspejo de los colegios, la huelga de los talleres, el lujo de las clases altas, el gasto de un *shilling* en las bajas para entonar el estómago y alegrar con risueños vapores la cabeza, y por último, desde *Saint-James* hasta San Pablo, el canto ingenuo y un sí es no es fastidioso del *God save the queen*. ¡Grande y dichoso país el que tiene este himno y nunca lo canta sin razón!

* * *

Bismarck, no teniendo ya franceses á quienes combatir, la ha emprendido con los católicos de su propia casa, ensayando principalmente su diabólica estrategia

con los que se consagran á la enseñanza. Sin duda no le alcanzan á los demás mortales las combinaciones de aquel grande hombre, que ha arreglado á su gusto el mapa de la Europa Central, y aun, si no mientan los síntomas, ha de poner su dedo en el de las extremidades; pero parece de sentido común que todo lo que sea enajenar elementos útiles al nuevo imperio, ha de ser funesto para éste. La idea de la unidad concebida y vigorosamente realizada por el célebre canciller en el orden geográfico y en el político, ha de ser más difícil en el social, si se fomenta la pugna religiosa que ha nacido en Alemania, no siendo, ciertamente, toda la culpa de los protestantes. Las disidencias ocurridas entre los católicos á causa de las interpretaciones sobre la doctrina del último concilio, no serán extrañas al estado actual de los ánimos, en la parte más afortunada y más orgullosa de la grande y culta Alemania.

Entre tanto el príncipe Federico Carlos, vencedor de Sadowa y de Metz, de quien se dice que es un hábil diplomático (la diplomacia en estos tiempos ha dejado de tener por instrumento á los protocolos para manifestarse en las ametralladoras), viaja por Italia, con objeto, según se dice, de buscar alianzas que faciliten la preponderancia de Prusia en el Continente. Al mismo tiempo, conviniendo en que estas diplomacias no darán grandes resultados, hay que conceder gran importancia á las del general Moltke, quien se ocupa ¡entretenimientos de un viejecito! en poner en práctica un plan completo de defensa en las provincias anexionadas, con objeto de impedir por muchos, muchísimos años, esa revancha ó desquite que es la preocupación de los franceses, la gran frase del *boulevard* y el estribillo de todas las canciones más ó ménos pavorosas y cultas de los cafés y bodegones de París.

También se propone el citado general crear una gran marina; pero como para que exista una gran marina, lo primero es que haya un gran mar, y Prusia no está muy abundante de este elemento, al menos en proporción de su gran poderío terrestre, es inevitable que el imperio alemán se ha de abrir una puerta por algun lado.

Difícil es que consigan ascender las naves (permítansenos tan vulgar frase en gracia de su gráfica oportunidad) por el Mediterráneo, que es su sueño dorado; pero tantas inverosimilitudes se traen ahora en evidencias, va el mundo tan aprisa y cambia de aspecto con tal despreocupación, que no sería extraño ver á esos graves y ceñidos bárbaros de la civilización (esta paradoja está de moda) aparecer por ahí... no muy lejos, por el Adriático, kilómetro más kilómetro ménos; que no lo dejarán de hacer por un escrúpulo de geografía.

* * *

Ya que andamos cerca de Italia, hablemos de Mazzini, muerto hace poco, y cuyo retrato publica hoy La Ilustración de Madrid.

Ningun agitador popular ha existido en el siglo XIX, que haya preocupado á las naciones y á los gobiernos como Mazzini, ardiente hijo de esa Italia fecunda en todo, patria de las artes y de la conspiración. Parece que el misterio de sus antiguas repúblicas engendró allí el romanticismo aventurero, la afición á los procedimientos secretos, la intriga á veces astuta y cobarda, á veces valerosa y heroica que constituyen el arte de conspirar. Mazzini era el génio de la revolución, mejor dicho el génio de la conspiración, y en su azarosa vida mostró las buenas y las malas cualidades que son inherentes á tan peligroso oficio. Hay propósitos, existencias, esfuerzos que no son justificados ni comprendidos hasta que el éxito, á veces desligado de la lógica, no viene á sancionarlos, y Mazzini, no sabemos si por desgracia ó por fortuna suya, jamás tuvo deplorablemente de su parte á tan torreada deidad.

Desde 1836 hasta su muerte, la vida de este hombre ha sido una continuada lucha, siempre emprendida con fé, siempre arrostrada con valor. Últimamente sus tendencias republicanas se habian mostrado en plan más vasto, aspirando á imponerse á la Europa entera; y en esta propaganda, hecha con actividad prodigiosa, el célebre italiano mostraba una vehemencia ejemplar, equiparándose á Victor Hugo y á otros demagogos que parecen ser víctimas de cierto iluminismo. Sin embargo de esto, Mazzini ha bajado al sepulcro limpio de toda mancha de complacencia ó simpatía con la salvaje escuela comunista y *La Internacional*. En un documento que circuló no hace mucho por todo el mundo, manifestó que no le ligaban compromisos ni conformidades de opinión con tan despreciable gente.

* * *

¡Será verdad que se trata de celebrar en Madrid una exposición universal! Aunque fuera simplemente nacional nos damos por muy bien servidos. Pero,

¿están locos! Una exposición aquí significaría algunos años de paz moral y material, de progreso, de bienestar. ¿Hay síntomas de que tal suceda? Hallándose las pasiones tan excitadas, los ánimos tan distraídos, los capitales tan perezosamente acurrucados en sus arcos á homeopáticamente disueltos como glóbulos invisibles, en océanos de papel moneda, ¿cómo es posible!...

Si hubiera una exposición de credenciales, una exposición de manifiestos, circulares políticas, programas de comité, discursos parlamentarios, es seguro que nación alguna de las de Europa y América nos llevaría la palma. ¡Ojalá nos equivocáramos al suponer que exposiciones de otra clase pueden ser pacíficamente celebradas en estos tiempos! La iniciativa particular nos parece poco poderosa para empresa de tanta consideración, y la oficial no existirá por de pronto para otra cosa que para la política. Para no desmentir en un momento la tendencia proyectista que es uno de los más curiosos aspectos de nuestro carácter, hasta se ha hablado ya del palacio que una compañía, sociedad ó no sabemos qué, se propone labrar con tan grande objeto. Muchos ven ya esta maravilla de cristal y hierro elevarse en la Castellana ó hacia el arco de Alcalá; pero no conviene entusiasmarse demasiado pronto; que estas cosas, como no son crisis ministeriales, vienen despacio y despues de ser muy esperadas.

* * *

Después del mes de enero, que presencié un movimiento editorial relativamente considerable, no han sido muchos los libros originales que han visto la luz. La primavera, sin embargo, no será infecunda: en estos días se han publicado algunas obras, y bien pronto verán la luz otras, entre las cuales hay alguna, que, según nuestras noticias, no dejará de llamar la atención apesar de la agitación política. La *Corona poética de la reina doña María Cristina* es una feliz recopilación de poesías dedicadas á esta señora por los más eminentes poetas españoles del siglo XIX, y al encanto que por tal concepto tiene, reúne el gran interés que le da el prólogo, una de las más elocuentes páginas que escribió el Sr. D. Eugenio de Ochoa.

Entre los libros que se preparan á salir al mundo despues de Semana Santa, se cuenta el del jóven escritor y poeta D. José Alcalá Galiano, quien ha dado el título de *Naturalesque Social* á una colección de composiciones casi tan pequeñas como el epigrama, pero tan profundas ó intencionadas como la sátira, escritas en forma fugaz y elíptica. Estamos tan abrumados de poesía sentimental, que esta chistosa exegesis de nuestras costumbres ha de ser recibida con unánime aplauso aunque fuera menor su mérito literario.

E. PEREZ GALBÓS.

SEMANA SANTA.

LA REDENCION.

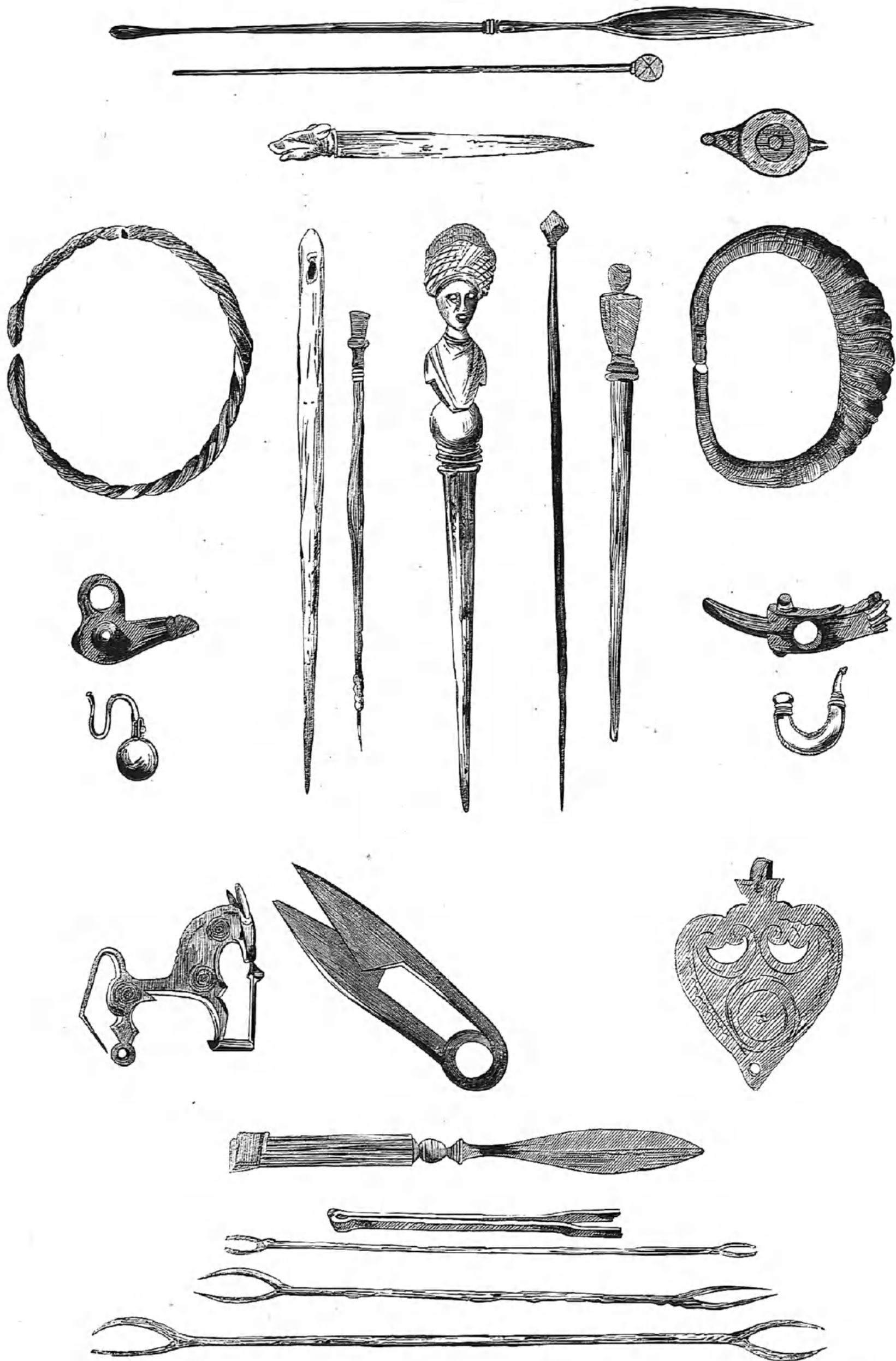
I.

El acontecimiento más portentoso que registra la historia en la dilatada serie de los siglos, es sin duda alguna el de la redención del linaje humano, que nos recuerda la Iglesia Católica en la semana que por excelencia se llama *Santa*.

La elevación y la caída de los grandes imperios; los triunfos y las derrotas de los guerreros y conquistadores más famosos; las inundaciones y otros cataclismos del globo en diversas épocas; los inventos que han cambiado en ciertos períodos la faz del mundo; nada cuanto en el espacio de una mil años ha presenciado la humanidad de más sorprendente y acombroso, puede compararse, ni de lejos, con el heroico sacrificio de Jesucristo en la cumbre del Gólgota. El mundo ha sufrido grandes vicisitudes y cambios prodigiosos en el orden moral y material; pero ninguno de ellos ha operado en las sociedades la transformación radical que produjo aquel pasmoso acontecimiento; ninguno ha descubierto á la humanidad los nuevos y espléndidos horizontes que despliega ante sus ojos la hermosa bandera de la cruz de Jesucristo.

En presencia de este héroe inmortal han sido hombres vulgares todos los héroes, y al lado de la sublime escena del Gólgota no hay en la historia de la humanidad acontecimiento grande y magnífico que no sea pequeño. El sacrificio de Jesucristo es en la historia del mundo y respecto de todos los anteriores y posteriores como el sol en el hemisferio, que oscurece á los demás astros con su sola presencia, y así lo han reconocido hasta los gentiles mismos.

Día á la vez de dolor y de regocijo, de luto y de ale-



NUEVOS HALLAZGOS ROMANOS.



JOSE MAZZINI.

gría, de profunda tristeza y de magníficas esperanzas y celestiales consuelos, es para la humanidad como el aniversario del nacimiento de aquel que recibe la vida entre los últimos suspiros de la madre que le dió el ser; por lo cual se asocian siempre en el corazón del hijo, al recordar este suceso, ideas tan contrarias y sentimientos tan diferentes.

La grandeza de este suceso se explica bien fácilmente si se consideran el héroe admirable que figuró en la escena, los motivos que le impulsaron á tan generoso sacrificio y los frutos que había de obtener por su medio el linaje humano.

II.

Antes y después de la venida de Jesucristo nos presenta la historia laudables ejemplos de insigues filósofos y legisladores, de reyes y príncipes ilustrados, de patriotas y ciudadanos esclarecidos, que consagraron su existencia á la sabiduría ó á la virtud, ó se ofrecieron como holocausto en aras de la patria ó de la humanidad; pero ninguno de estos sacrificios es siquiera comparable ni remotamente con el sacrificio del hijo de María.

Aquellos, aun los que obraron inspirados por los más nobles sentimientos, no pudieron asemejarse ni en el valor, ni en la generosidad, ni en la abnegación y el heroísmo, con el que nos presenta la historia como el grande entre todos los grandes y el héroe entre todos

los héroes. Aquellos se entregaron á la muerte en alas de la ambición de gloria ó por cumplir un deber sagrado; éste la arrostró voluntariamente sin otro impulso que el amor más puro y desinteresado hacía los mismos por quienes se sacrificaba; aquellos se resignaron acaso ante la ferocidad de sus verdugos, ó á lo más respondieron con palabras de perdón á sus rudos golpes: éste exhaló el último aliento dirigiéndole suspiros de amor, además de pedir para ellos misericordia; aquellos aspiraron, por medio de su sacrificio, á la recompensa y á ceñirse de una gloriosa corona que había de iluminar con sus fulgores el cuadro de su martirio: éste no buscaba premio ni ambicionaba corona, teniendo en sí mismo todos los tesoros y todas las gracias, y siendo sus purísimos ojos la luz y la gloria de los cielos.

Mas ¿para qué presentamos comparaciones entre objetos que no son comparables, porque los separa el abismo del infinito? Fuera más fácil comparar entre sí la claridad del sol y las sombras de la noche, y la vida con la muerte. El sacrificio de Jesucristo se diferencia infinitamente del de los héroes de todos los siglos, incluso los que ceñieron á sus sienes la palma del martirio, sosteniendo la verdad, porque aquel sacrificio fué el sacrificio de un Dios, necesitándose para verificarlo un esfuerzo prodigioso de la divina Omnipotencia.

Si la grandeza y dignidad del héroe realzan justamente su heroísmo en las magníficas empresas que rea-

liza, considérese hasta qué grado de sublimidad se elevará el sacrificio de Aquel que desciende del cielo cubriendo su divinidad augusta con las formas exteriores del hombre, y muere, siendo inmortal, para redimirlo.

El entendimiento humano se abisma y se confunde al contemplar este admirable portento del amor y de la omnipotencia. La divinidad lleva hasta el último extremo su amor al hombre, dando por él la vida, y agota su poder, siendo infinito, revistiéndose de formas humanas y condenándose á la muerte.

Gran sacrificio es el del soldado que muere peleando por sus banderas en el campo de batalla ó el del príncipe que sucumbe vestido con sus insignias reales y lidiando valeroso al frente de sus ejércitos; pero morir humildemente y sin aparato de grandeza el que además de ser inmortal é invencible, mandaba sobre las legiones del cielo y de la tierra, el que tenía en una mano la omnipotencia y en otra la gloria y el triunfo, es un misterio profundo que adora la razón prostrada y que no explica ni comprende el humano entendimiento.

No es, por lo tanto, extraño que la naturaleza se sobrecogiese de espanto en aquel día memorable; que se estremecieran la tierra y los mares, y que el sol ocultase entre nubes su rostro de fuego, por no presenciar el espectáculo que ofrecía al mundo la ignominiosa muerte del soberano autor de la vida.

El padre cariñoso da la existencia por el hijo; mas

al hacer este sacrificio de lo que, sin hacerlo, habría de perder necesariamente; pero Jesucristo, para morir en la cruz, ha tenido que rebajarse de su infinita altura y suspender, digámoslo así, por un momento su omnipotencia; dando potestad á la muerte para que hiriese con el dardo fatal su sagrada persona. La naturaleza, pues, suspendió su curso; el universo sus leyes; la divinidad su poder; y todo esto fué necesario para que muriese el que era Dios sin dejar de serlo, destruyendo nuestra muerte con la suya y reparando con su resurrección nuestra vida, según las sublimes palabras de la Iglesia en la conmemoración de este portentoso amor, de la omnipotencia y de la gracia.

III.

Si la muerte de Jesucristo ha sido el agombro de los siglos por las admirables condiciones de la víctima celestial inmolada en el Calvario, no fué menos sublime por los motivos que le impulsaron á tan heroico sacrificio.

El hombre, criatura de Dios, formado á su imagen y semejanza, inmortal en su espíritu, chispa brillante de sus divinos ojos, á cuyas miradas brota la vida del caos, hijo querido del Omnipotente como obra especial de sus manos, rey de la creación y heredero del cielo, alza contra su Hacedor rebeldes banderas, y cuando la justicia le destinaba al castigo y á la perdición eterna, ya que renunció insensato á una feliz inmortalidad, hé aquí que la misericordia descendiendo sobre la tierra como un celestial rocío en la persona de Jesucristo, y la esperanza perdida renace en el corazón de la triste humanidad.

Si la justicia del Eterno pronunció su tremendo fallo para castigar á sus rebeldes hijos, y si este fallo debía cumplirse necesariamente, el amor arbitro un medio en los arcanos de la sabiduría infinita, para que, ejecutándose el soberano decreto, no se consumara la perdición de los rebeldes y se abriera ante sus ojos afligidos el iris consolador de la esperanza. Dende tan inmensa sólo podía perdonarse por medio de un fiador de mérito infinito; y el Hijo del Eterno se constituye voluntariamente en víctima propiciatoria. Si el sacrificio fué de un valor inmenso por la calidad exalta de la víctima, no fué menos grande por la manera de verificarse. El acto más leve del Hijo de Dios, teniendo un valor infinito, hubiera sido bastante para redimir á la humanidad y abrirle las puertas del cielo, que la culpa de Adán le había cerrado; y sometiendo voluntariamente á una muerte afrentosa, llevó el amor hacia los hombres á un grado de heroísmo que no puede concebir la razón ni alcanzar el sentimiento más profundo y delicado.

La raza de Adán prevarica faltando á las divinas leyes, y no sólo obtiene la misericordia y el perdón, sino que se borra su culpa con la sangre de un Dios, que se constituye en Padre y en Redentor de hijos desleales; y en vez de imponerles castigo, los realza y engrandece, viviendo entre ellos, tomando sus formas y dándoles el cielo por herencia.

No es posible que la imaginación conciba la idea de este gran sacrificio, porque excede las fuerzas del entendimiento humano; y sólo la gratitud del corazón es la que podría corresponder de algún modo á una acción tan heroica.

IV.

No es menos digno de admiración el portentoso acontecimiento que recordamos, si se examina con relación á los frutos que el linaje humano había de obtener por su medio.

Realizada la obra de la creación, y habiendo faltado el hombre al divino precepto, quedaba cumplida y satisfecita la justicia del Eterno con haberle condenado, sin que por esto se disminuyeran en un ápice ni la grandeza de su poder ni la inmensidad de su gloria; pero se duele de su desgracia apesar de ser impassible, y quiere volverle de nuevo á la vida despues de muerto, y dispone en sus inescrutables juicios redimirlo para que no se interrumpa por el pecado la grande obra de la gracia y de la misericordia. Sin duda para dar mayor realce á este sacrificio, permaneció sobre el universo por espacio de cuarenta siglos las tinieblas del error y de la muerte, suceden inmensas catástrofes que estremecen el globo, y se consuman otras acontecimientos terribles y asombrosos, que debían preceder á la escena sublime del Calvario; pero llega el día vaticinado por los Profetas en los libros santos, aparece en el mundo el Hijo de la Mujer Inmaculada, predica su doctrina, anuncia la nueva feliz á la humanidad, descubre ante sus ojos nuevos horizontes de esperanza y de gloria, y se sacrifica en la Cruz, disipando con la luz de la corona de su

divino martirio los errores, y atando la muerte al carro de sus triunfos.

Realizado este grandioso suceso, la humanidad despertó de su sueño, y puede decirse que renació á nueva vida el día de la muerte de Jesucristo. Elevada la Cruz en el Calvario, descubriase en ella una luz hasta entonces no vista, que marcaba al género humano su porvenir y el camino que había de emprender para alcanzarlo. Ante la luz de aquella esplendente y gloriosa bandera, huyeron avergonzados y confundidos los errores que oscurecían al mundo. La sangre de las víctimas humanas dejó de correr en los nefandos altares del gentilismo, sustituyéndose á sus números irritados y pavorosos la imagen de un Dios de paz y de misericordia; los grandes y poderosos de la tierra, que hasta entonces habían tratado como esclavos á los humildes y á los pequeños, tuvieron que reconocerlos como á hermanos; la mujer, que había sido la sierva del hombre, se elevó al merecido rango de su compañera, regenerándose por este medio y volviendo á su primitiva dignidad y á su antiguo decoro la mitad más preciosa del linaje humano.

Concluyéronse ante el resplandor de la Cruz de Jesucristo los privilegios de las razas y las diferencias de los colores; porque á todos los hombres los adoptó el Eterno por hijos, y el Héroe inmortal por hermanos, en la persona de su discípulo predilecto; y formóse del linaje humano una inmensa familia unida por los estrechos vínculos del amor y de la caridad. Véase cuán admirable transformación fué la que verificó en el mundo la obra de la redención humana en el orden de la naturaleza moral, de la dignidad y de la espiritualidad del hombre!

Si desde aquí penetramos en el terreno de la filosofía, veremos que la verdad del cristianismo disipó tambien los errores extendidos por la multitud de las escuelas gentílicas, que agitaban al mundo y que habían trastornado las ideas de la moral, los principios de la política y las máximas fundamentales del gobierno de los pueblos.

La inmortalidad del alma, vislumbrada por los antiguos sábios, se convirtió en una creencia inalterable; la justicia de Dios en esta vida y en la futura fué elevada á dogma universal, y el premio de las virtudes y el castigo de los vicios y de los crímenes forjó desde entonces la esperanza de los buenos y el consuelo de sus pasajeras amarguras, al paso que sirvió de terror y de freno á los malvados, que vieron seguro el día de la expiación de sus iniquidades, aunque burlaran por algun tiempo el rigor de las leyes humanas y la vigilancia de los poderes sociales.

Todo en el mundo sufrió un cambio maravilloso: la moral, la filosofía, la política, las costumbres, las leyes, el gobierno de los pueblos, el Estado, la familia, el ciudadano en sus relaciones con la sociedad, y el individuo en su aislamiento.

Las civilizaciones anteriores al Cristianismo, apesar de sus maravillas artísticas, de las que nos ofrecen testimonio templos como el de Salomón, murallas como las de Tebas y Babilonia, obeliseos y pirámides como las de Egipto, obras como los acueductos romanos, y aquellos palacios de la antigua Grecia, fabricados con el cincel en las duras rocas, nada de esto nos presenta los caracteres de la elevación, de la grandeza y de la sublimidad con que vino á realzar al género humano la doctrina del Salvador del mundo. Aquellas civilizaciones no tuvieron un punto de partida fijo y seguro en la espiritualidad del hombre, en la moralidad realmente entendida de sus acciones, ni en la justicia inmutable de un Dios protector de la virtud y vengador del crimen, ni en la constante solícitud de su providencia, vigilando siempre por la aorta de sus criaturas, y guiando á la humanidad hacia su inmortal destino.

Por este vacío inmenso, por esta falta de base de aquellas civilizaciones, se descubren en la historia de los pueblos más cultos y morigerados y en las obras de los legisladores más sábios, ya instituciones corruptoras, ya abominables costumbres, ya leyes inicuas y tiránicas, incompatibles con la verdadera civilización; y sólo la Cruz de Jesucristo fué la muralla misteriosa que contuvo el torrente de tantos errores y de tantas preocupaciones que tenian á la humanidad en una degradación lastimosa.

V.

Si en el principio del mundo hizo el Supremo Hacedor brotar la luz del caos, en la escena del Calvario hizo salir la verdad de entre las nubes del error, y fijó en los dos brazos de la Cruz de su sacrificio las dos bases de la civilización futura del mundo, que son la caridad y la justicia.

Estas dos grandes virtudes, hasta entonces desconocidas ó malamente aplicadas, constituyen los cimientos sólidos de la civilización y del progreso de la humanidad; y no hay, ni en la condición pública, ni en la privada, ni en el gobierno de los pueblos, ni en el interior de las familias, ninguna idea ni ningún sentimiento que no se comprenda en ellas, ó que por ellas no se explique.

La redención del hombre fué un acto adorable, donde desplegó el Eterno su justicia con toda su imponente majestad, y donde ostentó al mismo tiempo su caridad inagotable.

Desplegó su justicia haciendo sufrir horribles padecimientos y un generoso sacrificio á la víctima inocente que había tomado sobre sí la responsabilidad de ajenas culpas; y ostentó su caridad inmensa, rehabilitando á los culpados y restituyéndolos á su perdida gracia, cuando pudiera haberlos confundido, sin admitir al fiador divino que se inmoló para salvarlos.

Para que el sublime ejemplo que recordamos en estos días sea fructífero, es indispensable que á todos nos estimule á la práctica de aquellas dos virtudes sublimes que brillan como dos faros esplendentes en la Cruz de Jesucristo. Justicia y caridad pide el recuerdo de la redención del género humano á los legisladores y á los gobiernos en el desempeño de su misión elevada; justicia y caridad pide tambien á los súbditos y á los ciudadanos privados en sus relaciones con los poderes públicos y en el seno íntimo del hogar doméstico.

¿Buscamos los adelantos de la civilización? ¿Prendemos que el progreso avance en sus conquistas? ¿Aspiramos á resolver el árduo problema de la felicidad de los pueblos y á descifrar los misterios del porvenir? Pues es tarea bien fácil acometer y realizar, con gloria de la humanidad, tan sublimes empresas. Alcémos ante todo en el fondo de nuestro corazón un altar donde triboemos sincero y respetuoso culto á la caridad y á la justicia; y llevémoslas, despues que hayan recibido nuestros homenajes, al templo de las leyes, al santuario de los tribunales, á la region de los gobiernos y de las autoridades todas, y erijámoslas tambien en estos sitios un ara sacrosanta, y veremos entonces cómo la sociedad se regenera prodigiosamente; extendiéndose la tranquilidad, la paz y la fraternidad por todos sus ámbitos, donde hoy sólo imperan los rencores y las rivalidades con su séquito horrible de intrigas, de partidos y de guerras sangrientas, y el egoísmo con su repugnante y helada indiferencia.

Abramos el corazón á los sentimientos de una gratitud profunda, recordando en la Semana Santa el heroico sacrificio del Salvador del linaje humano; y si aspiramos á que sea fructuosa para las naciones para los individuos y para la humanidad en general la sangre preciosísima derramada en el Calvario, llevemos todos por norte de nuestras acciones la caridad y la justicia.

Sin estas dos virtudes, que del árbol de la Cruz se desprenden, la redención operada para nosotros nos dejaría como dormidos entre las sombras del error y de la muerte, y no tendríamos, para alivio de los dolores y de las amarguras de la vida, ni aun el consuelo de la esperanza.

FRANCISCO PARRA DE ALARCÓN.

VIVA LA CONSTITUCION DEMOCRÁTICA.

ANÓNIMO ESPAÑOL, ANTOXO CARL.

Érase una villa de España ricamente dotada por la naturaleza y por la industria. Corría en sus contornos un riachuelo que de trecho en trecho prestaba los hombros de sus saltos de agua para empujar las inmensas turbinas de sus fábricas, y se perdía despues en un espeso follaje de huertas y de castaños, como si fuera á descansar á su sombra de las fatigas de su trabajo diario. Alzabase gallarda la ciudad sobre una suave colina tapizada en su falda de frondosos viñedos, en el recuerdo de la cumbre se dibujaban las ruinas de sus antiguos muros esmaltados aquí y allí de vivaces peñas, y era frecuente verla engalanada con los vistosos matices de sus renombrados paños de grana, que tendidos á sus alrededores, parecían sartas de corales puestos sobre su pecho para realzar su belleza.

Érase un tiempo en que los españoles creían haber saltado decididamente los andadores, satisfechos de realzar en pocos meses todas las conquistas y todas las calayeradas de una revolución en regla; y érase por último un viajero más versado en periódicos y folletos

que en la práctica de la vida y en las costumbres de su patria.

Llegaba el viajero á la ciudad con la emoción con que se va á visitar á un antiguo amigo encumbrado en breves días por la fortuna: la había conocido hacia tiempo, inquieta bajo la mano de gobiernos que la oprimían, casi siempre apercibida al combate, y era grande su curiosidad de ver cómo sus aspiraciones se habían desenvuelto al calor de una libertad sin reglamentación ni desconfianzas.

Lo primero con que tropezaron sus ojos fué con una espléndida y animada merienda, y tuvo por de buen agüero el encuentro.

¡Dichosa ciudad! exclamó, que das tan abundante parte de ganancias á tus obreros, que después de llenar las múltiples atenciones que la libertad habrá creado, de escuelas, socorros mútuos, sociedades cooperativas, bancos del pueblo, etc., etc., aún les dejas con qué satisfacer aquella su tradicional costumbre de los períodos de opresión y de silencio, de ahogar en vino y escabache el dolor que les causaba la política reaccionaria del antiguo régimen.

Entró poco después en la carretera que une la villa á la capital de la provincia, y la encontró, con sorpresa, surcada de tan hondos baches y descarrada en trozos tan extensos, que amenazaba confundirse pronto con el accidentado cruce de cualquiera arroyada; pero no le abandonó su fe y dijo para sí, aunque con expresión ménos entusiasta: sin duda alguna que el desarrollo del tráfico ha sido tal, merced á la abolición de los censos, á la libertad de cultos y al sufragio universal, que no basta el cuidado más asiduo á reparar los ultrajes de los innumerables transportes de todo género, que deben haber brotado al calor de tantas reformas; pero sólo encontró en el camino, para confirmar esa observación, una reeva de robustos machos extremeños con sendos costales de lana, sobre uno de los que dormitaba el arriero, con su escopeta de Eibar pendiente entre las alforjas y la bota, ni más ni ménos que los que había encontrado cuando la Constitución de 1845, aun con la Reforma por derogar, era la ley fundamental de la Monarquía española.

Llegó á las puertas de la villa, y se fijaron con dolor sus ojos en la modesta lápida que conmemora las víctimas sacrificadas en las últimas discordias civiles: parece puesta allí para recordar al viajero distraído, el triste portazgo de sangre que cobra la Providencia á los pueblos en el camino de la libertad; y entró con deseo más ardiente aún de tosear por sí mismo las ventajas de esta última etapa.

Esperaba allí á nuestro viajero un antiguo amigo que le había servido de cicerone para visitar la ciudad y enterarse de su espíritu: honrado fabricante en pequeña escala, verdadera reliquia de otros tiempos por su fe política y su entusiasmo progresista. Traía nuestro héroe tal apetito de saborear los frutos de la revolución al natural y sin los aderezos de la *Iberia*, que ántes de preguntar á su amigo, no ya por su mujer, pero ni aun siquiera por su fábrica, coéntame Vd., le dijo, que han hecho por aquí en estos años, después de aquellas sangrientas jornadas que tantas lágrimas y tantos sacrificios costaron á todos Vds.

—¡Ah! esto está transformado, pero todavía se ha de transformar más con el tiempo, y cuando entre en caja.

—La libertad de imprenta y de enseñanza habrán desarrollado aquí mucho los intereses morales de un pueblo rico, inteligente y activo como este. ¿Tienen ustedes periódicos de la localidad, se habrá abierto Instituto?

—Periódicos, no señor; pero libertad de imprenta toda la que se quiera; ahora verá Vd., y acercándose á un puesto de pan que ocupaba toda la acera de la calle, tomó una oronda libreta y se la alargó á nuestro héroe, que no acertaba qué relación podría haber entre la panadería y el libre examen.

—Aquí tiene Vd. una libreta *federal*; en efecto, en uno de los rubricados carrillos había estampado un gorro frigio y alrededor un letrero que decía, *Viva la república federal*, en vez de *La Ceres ó La tahona del trigo* que suelen estamparse en las galletas ó panecillos de estas respectivas procedencias. Me parece que no se puede pedir más libertad de propaganda, dijo el fabricante; hasta los monárquicos más empedernidos tienen que traerla, y no negaría aquí Posada Herrera que es este un derecho político acompañado de un correspondiente pedazo de pan.

—¡Pero, no se ha abierto calle al pensamiento, ántes ahogado en manifestaciones más amplias, aunque sean ménos nutritivas! ¿No hay reuniones públicas, clubs donde se acostumbre el pueblo á la contradicción de los principios, al análisis de los hombres, y se pre-

pare para ejercitar con conciencia el acto solemne del sufragio!

—De eso había algo al principio, pero ya se han cansado porque los oradores no decían más que lo que trae la *Igualdad*, y de elecciones estamos mal: en las últimas quise yo provocar una reunión de liberales, pero cuando iba á un comité á proponerlo, me encontré con que salía el secretario abriendo una inmensa navaja de seis muelles. ¡A dónde vas con ese chismel! le pregunté: «Voy á la ribera á hacer propaganda, que hoy se vota la mesa»; y desistí de hacer propaganda por mi lado; porque ¡quién compile en fuerza de lógica con una navaja de seis muelles!

—Lunares del sufragio universal, exclamó nuestro viajero; siempre las luchas políticas se han de señalar con la corrupción ó con la violencia. Hablemos de los progresos sociales, de esos triunfos sin vencidos y sin víctimas, para encarnación de la libertad económica. ¿Cuántos Bancos del pueblo se han creado? ¿Cómo funcionan las sociedades cooperativas? ¿Hay alguna de participación de obreros y fabricantes?

—No señor, todavía no se ha planteado nada de eso. Su amigo de Vd. D. Luis, aquel joven abogado que había estudiado en Madrid, fundó una sociedad cooperativa de consumo; algunos entraron por consideración á él, y daba muy buen resultado; pero desde que se fué á Badajoz todos lo han dejado y la sociedad ha concluido. En cuanto á la participación de ganancias, esa sí, se perfeccionó mucho á raíz de la revolución.

—Pues eso sólo compensa todos los demás lunares que iba advirtiéndome, exclamó entusiasmado el viajero; esa es quizá la fórmula de la solución definitiva del problema social.

—Pues, sí, señor, eso aquí no ofrece la menor dificultad; cuando algunos obreros necesitan fondos, los más conocidos de entre ellos pasan una nota fijando la suma á los principales fabricantes; nos repartimos lo que á cada uno corresponde, y lo aprontamos con el conveniente sigilo para que no se enteren las autoridades, que en honor de la verdad se han mostrado siempre muy discretas en esta materia.

—¡Qué escándalo! no era eso á lo que yo me refería. ¿Cómo se tolera tal imposición?

—Yo le diré á Vd.: en primer lugar, nosotros les estamos agradecidos, porque dos ó tres veces que en poco tiempo han sido dueños de la población, han respetado escrupulosamente las personas y las propiedades, contentándose con que les diéramos los repartos que nos pedían, y como no es la última vez que han de volver á ser los amos, no podemos estar mal con ellos. Además, aquí una fábrica se puede quemar en un decir *¡Jesu!*.

—¿Con tales elementos serán espantosos los progresos de *La Internacional*?

—No, señor, todo lo contrario; algunos emisarios y propagandistas han venido, pero sin éxito; y no podía suceder otra cosa: ya he visto que se han obstinado Vds. en el Congreso en convencernos de que nos debemos asustar de *La Internacional*, pero desgraciadamente no estamos en ese caso.

—¿Cómo desgraciadamente? Explíquese Vd., no comprendo ese enigma.

—Pues es muy sencillo: *La Internacional* tendrá importancia y sentido en los países en que una organización fuerte del Estado garantice al fabricante y al propietario el uso absoluto de su propiedad, de su capital, del empleo de sus obreros; pero donde el pobre y el obrero éjan á su arbitrio las horas y los días de trabajo, ponen el veto á las máquinas que inmediatamente les perjudican, obtienen con el más pequeño motivo aumento de salario y gozan de una preferencia positiva sobre el propietario, en la recolección de la aceituna, el aprovechamiento de los pastos, el espigueo de los rastrojos, el corte de las leñas, el disfrute de los espartos, las utilidades de la pesca, de la caza y de todos los árboles frutales, que es lo que sucede en estas provincias del Centro y Mediodía de España; hay atraso, ignorancia, pobreza general, socialismo práctico, pero son desconocidas y exóticas esas aspiraciones del obrero de París y de Lyon, hijas de su sed de goce y del sentimiento de su inferioridad y de su impotencia ante un organizmo social inflexible. La única *Internacional* que aquí tendría sentido práctico, sería la de los fabricantes y propietarios agrícolas que aspirarían á subvertir la administración pública y las costumbres y sentimientos del pueblo español, hasta el extremo de que nadie pudiera disponer impunemente de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Pero de esto estamos muy distantes y ahora más que nunca; así es que nuestros obreros, que no van ni oyen por el intermedio de la *Revista de Ambos Mundos* y el *Corralo Guiltanista*, como muchos de nuestros estadistas, no han entendido eso de *La In-*

ternacional, son contadísimos los inscritos en la tremenda asociación, y el ideal de su federalismo es hacer de esta villa la capital de la provincia y traer aquí el gobernador, la Audiencia y el obispo.

—Paréceme, amigo mío, observó nuestro viajero, un tanto recargado el cuadro y temo se resiente de ser fabricante el pintor. ¿Es posible que en el centro de España y ya en las alturas monárquicas de la revolución de Setiembre, sean los capitalistas los oprimidos y los que sientan la necesidad de una *Internacional* de propietarios que los redima?

—Un hecho se lo probaré á Vd. mejor que un tomo de reflexiones; visite Vd. las fábricas y pregunte á mis compañeros: todos le dirán la inmensa dificultad con que luchamos y que amenaza seriamente nuestra existencia. En toda Europa se ha aplicado el telar mecánico á la fabricación de los paños; es una máquina con la que no es posible luchar, hay que aceptarla ó morir: ella sola puede producir esos paños finísimos, cuyo consumo ha venido á aumentarse considerablemente con su aplicación á los trajes de las señoras; no sólo representa una economía inmensa en la mano de obra, sino que da á los tejidos una igualdad á la que no puede llegar el más hábil tejedor, que no conserva al fin del día la misma fuerza con que empezó su labor por la mañana; todos los conocemos, todos podríamos traerlos á nuestras fábricas, y esto nos aseguraba, no sólo mayor ganancia, sino nuevos mercados y nuevos productos que multiplicarían en poco tiempo los establecimientos industriales de esta villa, haciendo de ella quizá el centro productor más importante de España. Ningun elemento natural nos falta para eso: el motor gratis, las aguas admirables para los tintes, las primeras materias á los paños, la vida muy barata, inteligencia indisputable en los obreros, conocimiento de todos los adelantos europeos en los fabricantes; y con todos esos prodigiosos elementos, lo más que logramos hace años es permanecer estacionarios, surtiendo de bayetas y paños burdos las clases bajas de Extremadura, parte de Portugal y de Galicia; y esa máquina que transformaría nuestra ciudad, sigue siendo para nosotros un sueño de audacia en el que nadie se atreve á pensar despierto. Ya se ve, los tejedores son la aristocracia de nuestros obreros; su jornal es de seis á siete duros por semana, apesar de reducirlos á cuatro ó cinco días de trabajo, por extender la santificación del domingo y sus consecuencias, desde la tarde del sábado hasta la madrugada del martes; por ellos reinan los concejales, y el legislador del distrito determina la justicia ó al ménos la vota; pero nosotros, pobres fabricantes, sin más consuelo que la lectura de *La Época*, cargamos de fuerza para libertarnos de esa opresión que nos impone la perpetua inseguridad en que vivimos. Un cuatro y medio por ciento de aumento en nuestras actuales ganancias supondría la introducción del telar mecánico; aunque no fabricáramos una sola pieza de paño más de las que hoy elaboramos, y las vendiéramos al mismo precio; y son incalculables el progreso y la actividad que daría á nuestra industria abriendo para ella nuevos órdenes de consumidores, sin perder por eso ninguno de los antiguos. El trabajo que de esa manera indirecta pagamos á nuestros obreros, importa próximamente lo que la contribución industrial que satisfacemos al gobierno. Dígame V. después de oír y de comprobar este hecho; si no tenemos motivo para organizar una huelga de los ricos, por medio de una *Internacional* de fabricantes, que preparara una sublevación contra la tiranía de los pobres.

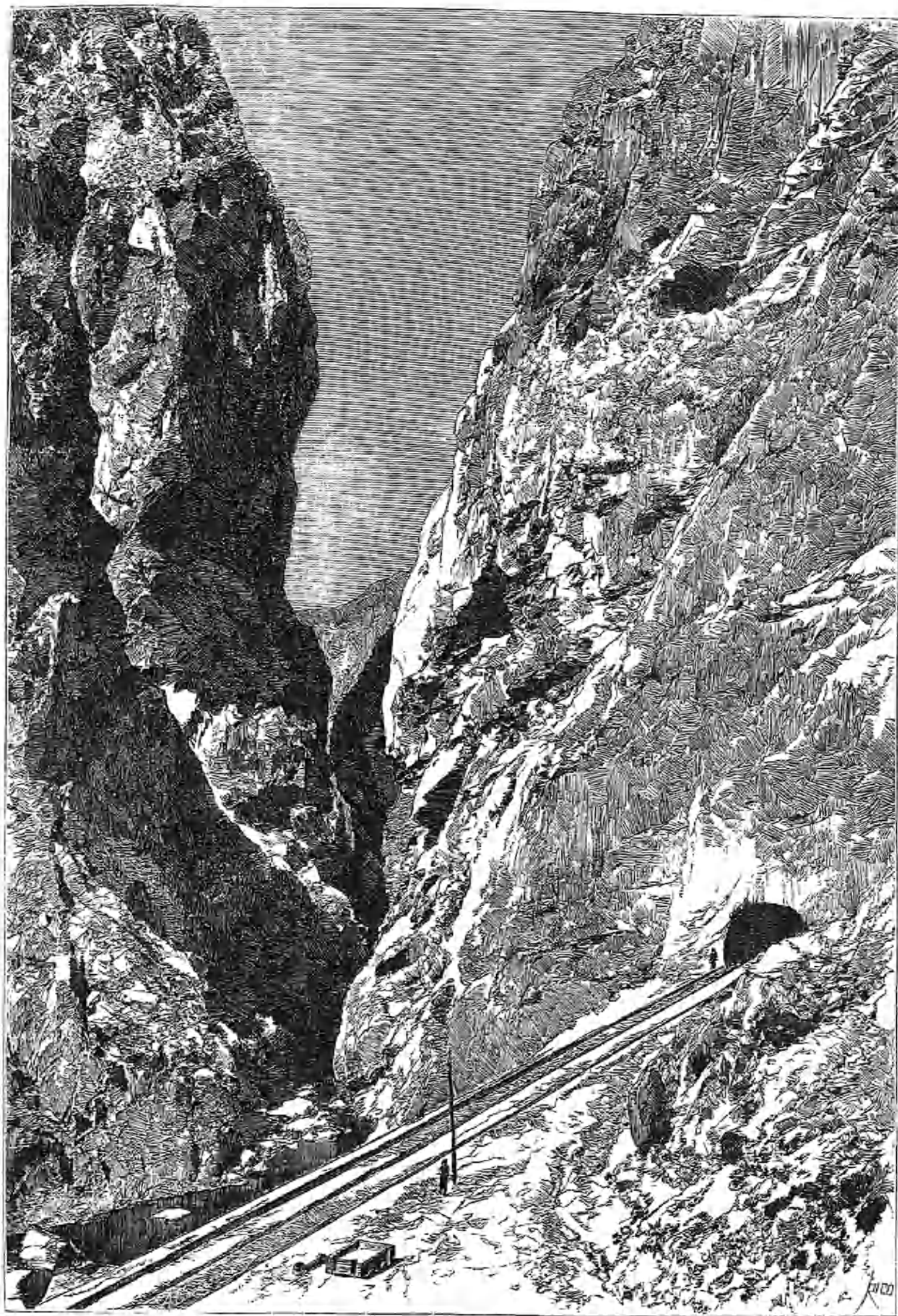
—¡Terrible desencanto para mis ilusiones! exclamó con tristeza nuestro viajero. ¿Con que es decir, que la libertad absoluta del pensamiento sólo ha hecho sentir sus efectos en la elaboración del pan? ¡El sufragio universal sólo ha abierto nuevos horizontes al arma nacional cantada por Curanda! ¿La libertad económica sólo se ha aplicado á rescates de los fabricantes y á la proscripción de las máquinas? ¡Y la autonomía municipal y provincial á la destrucción de los caminos públicos!

—En esto último debió rectificar su juicio; cuando el Estado confió á las provincias el cuidado de sus caminos, quisieron algunos que se adjudicaran ese por donde Vd. ha venido á los predios limitrafes, con el objeto de ararlo; para la Dignación se opuso decididamente á ese pensamiento, y lo único que ha hecho es suprimir los gastos de conservación, porque quítale nivelar su presupuesto, desequilibrado por un empréstito para redimir á los quintos, según habían prometido en su programa electoral todos los diputados.

En estas pláticas llegaron el viajero y su acompañante á la Plaza de la ciudad; la noche había cerrado por completo; un grupo de señores en correcta formación salían de las Casas Consistoriales, y deteniéndose



ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—(MADRID).—CLASE DE DIBUJO GEOMÉTRICO.



TAJOS DE GAITAN.

en el umbral, gritó con la pasada escencia de quien cumple un deber diario: *Viva la Constitución Democrática!*

F. SILVELA.

Setiembre 1874.

LA SECCION CUARTA

DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

(Continúa.)

IV.

Antes de dar la vuelta, siguiendo á la izquierda, veremos la atencion en unos como banguillos, de tamaños diversos que se ven en los armarios, de los cuales nos dará razon mejor que nadie el insigne Gonzalo Fernandez de Oviedo. Dice éste, hablando de un indio de Teocoteaga (Nicaragua): «e por almohada tenia un banguito pequeño de quatro pies algo cóncavo, que ellos llaman *doko*, de muy linda e lisa madera, muy bien labrada por cabecera.» Otros indios tenían lo mismo. Pág. 110.

«El traen un *doko* (al casique), en que se asiente, e a par de sí siete u ocho mujeres, a do quiera que el tal principal vá, e quando le falta el *doko* e no se le traen, asséntase en las rodillas de una de aquellas mujeres.»—(Gonzalo Fernandez de Oviedo. La primera cita se puede ver en su obra: *Historia general y natural de las Indias*, edición publicada por el Sr. D. José Amador de los Ríos, bajo los auspicios de la Academia de la Historia. Parte Tercera, tomo IV, libro XLII, capítulo XII, página 102. La segunda, en la misma obra, tomo, parte, libro y capítulo citados, página 142.)

El mismo autor nos ha de dar más luz sobre unos, llamados tambores, que se ven, pasado el vaso mejicano de que hablamos arriba, y están á un lado y á otro de la canoa del río Napo, traída con ellos por la Comisión científica enviada al Pacífico. No son del todo iguales al que Oviedo describe, pero de la explicacion se comprende cómo se usan los que hay en el Museo.

«La forma que el atambor, etc., etc., es un tronco de un árbol redondo, e tan grande como le quieren hacer y por todas partes está cerrado, salvo por donde le tañen, dando encima con un palo, como en atabal, que es sobre aquellas dos lengas (se refiere al grabado), que quedan del mismo entre aquesta señal semejante. La otra señal, que es como aquesta (grabado), es por donde vacian o vacuan el leño o atambor quando le labran, y esta postrera señal ha de estar junto con la tierra, e la otra que dice primero de suso, sobre la qual dan con el palo; y este atambor ha de estar echado en el suelo, porque teniéndolo en el ayre no suena.—En algunas partes ponian cueros de ciervo ó de otro animal (pero los encorados se usaban en Tierra-Firme): donde no había animales cuyo cuero sirviese, se usaban en la forma arriba dicha.—(Oviedo, obra citada, parte I, libro V, capítulo II, página 130.)

Llegamos, en fin, á la que podemos llamar otra cabecera del salón. Allí se ve en el arco cerrado de la parte superior, dispuesto guardando simetría con el que hay en la cabecera de enfrente, otra panoplia de armas, la mayor parte malayas, por el estilo de las que ya hemos mencionado en igual ocasion. En los estantes que hay debajo se conservan multitud de ídolos y pequeños objetos de barro, cobre, plata y oro. A propósito de este metal, ó mejor dicho del dorado, bueno es tener presente lo que refiere Oviedo: Los indios, dice, saben muy bien dorar las piezas y cosas que ellos labran de cobre ó oro muy bajo; tienen en ello tanto primor, y dan tan subido lustre á lo que doran, que parece oro de 23 quintas según el color con que sale de sus manos. Esto hacen ellas con ciertas yerbas, y están grande, tan (ventajoso) secreto, que cualquier platero de Europa ó de otra parte donde se supiese emplear, bien se podría llamar riquísimo el que supiera dorar de tal manera. Esto, según el insigne historiador á quien hemos ido siguiendo casi palabra por palabra, (obra citada, parte primera, libro VI, capítulo VIII, página 152), no se usaba en las Antillas, sino en Tierra-Firme. «Yo he visto, añade, la hierba, e los indios me la han enseñado; pero nunca pude por halagos ni de otra forma sacar de ellos el secreto, e negaban que ellos lo hacían, sino en otras tierras muy lejos, señalando al Sur ó parte meridional.» Esto dice Oviedo, y nos ha parecido traerlo á cuento en esta ocasion, que no puede ser más oportuna. En los estantes de que vamos hablando hay tambien algunas armas y utensilios de obsidiana, de los cuales mencionaremos varias delicadas lunetas con que se sajan los indios las piernas, cuando se les hinchan después de larga y fatigosa jornada.

V.

Como aquí empieza la preciosa serie de los vasos peruanos, una de las más ricas colecciones, que, en su género, se pueden hallar, recorreremos ántes los armarios que van por el medio del salón, ocupando la mayor parte de su longitud. Lo primero que nos llama la atencion, es un hermoso espejo de obsidiana, llamado *Espejo de los Incas*, los cuales bien podian servirse de él, que, apesar del negro color de la piedra, merced á su excelente calidad y al precioso pulimento que recibia no sólo refleja á maravilla cuantos objetos tiene delante, pero aun los mismos colores repite, no mucho más bajos que ellos son en sí. Ciertamente un espejo de obsidiana por el estilo, hasta debe ser preferido á muchos de acero y á no pocos de cristal inferior. Adornos de plumas y collares de semillas, conchas, hallitos de escarabajo y dientes de varios animales; en especial de monos, ocupan el espacio que hay entre el espejo citado y una cabeza de indio, reducida al fuego, que aún conserva parte de la negra y lacia cabellera que tenia en vida.

De estatuitas, perfumatorios y multitud de objetos de China que después encontramos, se necesita para hablar de ellos mucho más espacio del que disponemos. Muchos broncos merecen especial atencion, así como algunos maniqués, vestidos con ricos frajes de mandarines del Imperio Celeste, y otro de guerrero. La prontitud con que vamos pasando no nos ha de estorbar el ver las telas que da el *árbol de las mantas*, de que hay muchos y curiosísimos ejemplares. Son capas corticales que se toman del referido árbol, y dan á los indios abrigo excelente, así como el *árbol del pan* les da alimento; de suerte que si á esto se une la benignidad del clima, se comprende no sea fácil persuadir á los naturales de ciertas islas del Pacífico á que empleen el tiempo en trabajar. Pero demos la vuelta, y al paso veamos dos preciosos faroles chinos con embudidos de alambre de plata, que por su forma y pormenores merecen especial mención. Ni es mucho que saltamos de América á China y de Filipinas á Otahiti, que por grande que sea el espacio del salón, siempre habrá que pasar de unos objetos á otros de relacion escasa.

Detengámonos, por último, en el Perú. Sus vasos, que al presente pasan de 700 en el Museo Arqueológico, son, en cierto modo, restitución del rico y poderoso imperio de los Incas. En ellos, no sólo se advierten multitud de formas diversas, sino usos y costumbres por demas singulares y aun obscenos hasta el último punto.

Quien esto escribe, jefe de la seccion que tan á la ligera va describiendo, desde que el Museo se fundó hasta fines del verano de 1868 *, no pudo menos de hallar grandes dificultades para las papeletas referentes á los citados vasos. En otros muchos objetos había ya empleado el Sr. Jauer, su antecesor, cuando se conservaban en la Historia Natural, la gran copia de conocimientos que poseo, mas el tiempo le había faltado para los vasos peruanos, con lo que fué necesario ocuparse cuidadosamente en estudiar y describir tan rica y variada coleccion. En todo procuramos hacer el estudio más detenido que nos fué posible, viendo de aclarar muchas dudas, y dejando otras al tiempo y á más minucioso examen. Por ejemplo, en los nombres de las frutas que muchos vasos representan, nos pareció preferible no mencionar sino las muy conocidas, comprendiendo á las demas con denominacion genérica, por no ser fácil, á primera vista, conocer la mayor parte, ni muchas de ellas, aun después de muy detenido examen. La razon fácilmente se comprende, pues sin el color del fruto, las hojas del árbol y otras cosas necesarias para el caso, hallará siempre el más diestro naturalista gravísimas, si no insuperables dificultades para la clasificacion. Queda siempre, así para el conocimiento de la flora como para el de la fauna del Perú, ancho campo á los curiosos y aun á los mismos naturalistas, prescindiendo de la manera con que comprendían los peruanos la representacion artística de cuanto les rodeaba.

Al recordar el *espejo* con que hemos trabajado en el estudio de muchas preciosidades que la seccion cuarta encierra, y al ver la ligereza, sólo perdonable después de las razones más de una vez alegadas, con que el pre-

* Ayudado en sus tareas los Sres. Ortiz de Zúrate, al presente auxiliar del ministerio de Fomento y Agricultura, cesante, y Montes de Castro, hoy estas encargadas el Sr. Sala, jefe de la Sección, y los Sres. Jaja, Domínguez y Latorre. Al grado y antigüedad referida que de los primeros comensales, se une la satisfacción por que los referidos señores, amigos e hijos de la patria, en el examen y estudio de la seccion que tiene a su cargo.

sente nos hemos visto obligados á hablar de tanto y tanto objeto digno de particular estudio y del más cuidadoso esmero, grande sería nuestra pena si en la misma seccion no hubiese centenares de papeletas, una para cada objeto, en las que se pueda ver al estudio y al buen deseo, ya que sobre ellos prevalezcan la falta de saber y escaso entendimiento de su autor.

PUTAL Y VASOS ÍTALO-GRIEGOS

QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

Putal.—En la sala segunda de la seccion primera, se ve un precioso putal de mármol blanco, cuyo nombre viene de qua, en afecto, así llamaban al brocal del pozo los romanos. Para éstos, lugar donde cayese el fuego del cielo, era sagrado, y como tal le veneraban. Por eso le defendían poniendo un brocal como de pozo. En Roma, el lugar más famoso de estos consagrados era el *Putal Libonis*, como dice la inscripcion, que estaba en el Foro, y allí se reunían los usureros á tratar de sus negocios.

Sitio donde cayese un rayo, le purificaban los haruspices en seguida, y era sagrado. Desde luego ponian estacas ó piedras que la resguardasen, después de haber sacrificado una oveja de dos años (*bidens*), de donde vino tambien el nombre de *Bidental*, que daban á estos pegafuegos monumentos.

El hallado en Pompeya viene á ser circular, rodeando columnas, y en medio se ve el *Bidental*; de suerte, que la imaginacion puede, con muy pequeño esfuerzo, considerar el todo del edificio, dando más altura á las columnas y figurándose el techo que sostenían.

El religioso temor con que los romanos miraban aquellos lugares era tan grande, que no podía darse mayor crimen que profanarles, y, sobre todo, destruirles, arrancando las piedras, de tal ó cual modo que se hallasen. Por eso, aun hablando en broma, le cita Horacio como uno de los mayores sacrilegios:

*... a triste bidental
Moevit iustitiam.*

(Ad. Prisiones. v. 471-72).

El putal que va grabado en La ILUSTRACION es, como ya hemos dicho, de mármol blanco y de elegante forma. Estaba en la Moneta, de donde se trajo. Aunque se halla mutilado, lo peor es que rasparon la parte superior, de suerte que no ha podido ménos de perder el efecto de su excelente escultura, de los mejores tiempos del arte griego. El principal personaje que se puede ver en el grabado, es Júpiter. Ocupa un asiento ó silla con brazos y tiene el rayo en la diestra. Delante de él, Minerva, y en lo alto, una Victoria alada. Detrás una figura varonil con gran hacha *bipennis* al hombro.

El conjunto de la escultura que vamos describiendo es de efecto sobremediana agradable, y en los adornos, especialmente la parte inferior, no raspada, bien merece estudio y admiracion.

Vasos italo-griegos.—Después de llamar *etruscos* á todos los vasos pintados de cierta época, casi hemos venido á parar en lo opuesto. Ciertamente Nola, en Campania, está buen trecho de Etruria; pero en esta se hallaba Volci (Vulci) 18 millas NO. de Tarquinii.

M. Dennis, en su obra *Ciudades y cementerios de Etruria*, ha dado, siguiendo á M. Gerhardt, cuyo sistema adoptan todos generalmente, la clasificacion de los vasos, de esta manera:

- Clase 1.ª Vasos para aceite, vino, agua, etc.: *amphora, pelice, stamnos*.
- 2.ª Para llevar el agua: *hytria, calpis*.
- 3.ª Para mezclar vino y agua: *crater, edeia, oxybaphon*.
- 4.ª Para verter vino, etc.: *caulkaros, anochoe, alpe, prochus*.
- 5.ª Vasos para beber, y cubiletes ó vasitos: *cyathus, carchedon, halcion, scyphus, cylix, lepante, phiale, ceras, phytos*.
- 6.ª Vasos de ungüentos y perfumas: *lecythus, alabastron, askos, bombylios, arballos, eutylios*.

La pintura en cerámicas había concluido mucho tiempo antes de Plinio, en lo que se refiere á nuestros vasos; pues ya aquel escritor nos dice que los vasos pintados eran más preciosos que los marfilinos. En tiempo de los emperadores llamaban á aquellos *operis antiqui*, y les buscaban como nosotros ahora, por los sepulcros de Campania y la Gran Grecia. Suetonio (Julio César, 51), habla del descubrimiento de algunos en tiempo de César, al demoler unos sepulcros en Cápua.

En cuanto á los vasos que algunos suelen considerar

halladas en Pompeya ó Herculano, diremos que hasta ahora no ha parecido una sola ni en las ruinas de aquellas ciudades ni en Stabia; cosa que se debe tener muy presente, y confirma la creencia que hacia ya mucho tiempo no se fabricaban.

Si los objetos de la seccion cuarta recuerdan á quien esto escribe los primeros años desde la fundacion del Museo, los de la seccion segunda, y, en especial, aquellos de que va dando cuenta al presente, son para él, digámoslo, amigos cuya vista le acompaña diariamente y anima en sus tareas. Los tres vasos que el lector puede ver debajo del pútal, son, como los nombres que llevan al pie indican: *acetylaphon* (el *acetabulum* de los romanos), pequeña *amphora*, de graciosa hechura, é *hydria*, de forma tambien graciosa y elegante. En el primero se ven pintadas escenas dionisiacas; todos tienen anverso y reverso; el fondo es negro, y el artista fué dejando con el color del barro cocido meramente el espacio que habian de ocupar las figuras, como sucede en todos los vasos de ciertas épocas. Estos que vamos mencionando se hallan en España desde el siglo pasado, lo cual, ademas de otras razones que se podrian alegar, prueba tambien que son auténticos, pues los vasos llamados hasta hace poco etruscos, no se empezaron á falsificar en grande escala sino á fines de la pasada centuria y en la presente.

FERNANDO FULGOSIO.

DOS POETAS PORTUGUESES.

Al ocuparnos hace algunos meses en las columnas de La Ilustracion de Madrid del escritor portugués J. Simoes Dias, citamos los párrafos que el Sr. Romero Ortiz consagra en su libro *La literatura portuguesa del siglo XIX*, á conmemorar los nombres y merecimientos de los poetas líricos contemporáneos de la nacion vecina. Para de cuarenta el número de poetas citados en este libro, y sin embargo, como, segun parece, en Portugal sucede actualmente lo mismo que en España, á saber: que existe tal facilidad para hacer versos líricos, que todo hombre medianamente culto se, ó pretende ser, poeta, se comprende bien la imposibilidad absoluta de que en la enumeracion hecha por el Sr. Romero Ortiz no se notase la falta de algunos nombres dignos de memoria. Demas que ya es sabido que toda obra de erudicion bibliográfica, por necesidad absoluta, ha de ser siempre más ó menos incompleta. Los grandes trabajos de erudicion se forman, si la palabra es permitida, por superposicion, no son, no pueden ser, la exclusiva obra de una sola persona, por grande que sea su laboriosidad y diligencia.

En el libro *Listas de 1870*, del ilustrado y joven escritor D. Gonzalo Calvo Asensio, se hace tambien una breve reseña del estado que al presente alcanza la poesia lirica portuguesa. Despues de recordar los grandes merecimientos literarios del visconde de Almeida Garrett, y del distinguido poeta lirico, notable novelista é historiador insigne Alejandro Herculano, dice así el señor Calvo Asensio.

«Golados por tan ilustres maestros, distinguese Antonio Feliciano de Castilho, ciego que pinta admirablemente la naturaleza, y á quien todos reconocen como insoslayable en el arte de la metrificación y gran conocedor de la lengua, por más que sirva más para las obras de estudio filológico que para las de nervio y grandeza, con cuando sus *Canções do Bardo* son una prueba de verdadero genio: Tomás Riveiro, que en sus *Delicias* y *D. Jaime* muestra gran poeta genial y de inspiracion; Juan de Deus, el más natural y espontáneo de los escritores, y cuyas popularísimas composiciones tienen una delicadeza y un perfume de candor admirables; Palmeirim, gran amador de la poesia popular, é imitador de Beranger; Soares de Passos, el más inspirado, el más genial y de poderosísima imaginacion, comparable á Lamartine, y muy dado á la gracia especial de Heine; Bulhao Pato, el Trueba portugués; Mendes Leal, correcto y depurado castilista, nada fácil versificador, ni de muy poderoso ingenio, pero discreto y de talento claro y vasto; Vidal, poeta elegiaco romántico; Juan de Lemos y Gomes de Amorim, cuyas producciones llevan todas el sello del estudio y de la conciencia, oscuras siempre de toda pretension de popularidad efimera; nombres y poetas que indican bien á las claras el gran desenvolvimiento que en esta edad ha adquirido el arte entre nuestros vecinos, á cuyo culto conságranse muchos y esclarecidos talentos.»

La precedente enumeracion de poetas líricos portugueses, solo añade dos nombres á los ya citados por el

Sr. Romero Ortiz, el de Vidal y el de Juan de Deus. Este último, ya en el año de 1869 había dado á la estampa dos notables volúmenes de poesias. El primero, en el orden de la publicacion, intitulado *Flores del campo*, mereció juicios muy favorables de los críticos Luciano Cordeiro, Alejandro da Conceicao y Cândido de Figueiredo. El segundo, que lleva por título *Rosas e Naveas*, se halla formado por un número muy corto de composiciones poéticas, pero que quizá aventajan en mérito á las anteriormente publicadas.

Dedicados nosotros desde hace algun tiempo á traducir al castellano algunas poesias líricas portuguesas escritas por autores contemporáneos, vamos á consagrar este artículo á dar noticia de dos poetas líricos de que no se hace mencion en ninguno de los dos libros que dejamos citados. Bien sabemos que comparados nuestros ligeros estudios sobre literatura portuguesa con la obra monumental del Sr. Romero Ortiz, donde se reune á una erudicion enteramente alemana, una viveza de fantasia enteramente española; bien sabemos que estos estudios con tal obra comparados, guardan la relacion de un grano de arena con una alta y soberbia montaña. Pero al fin y á la postre, de pequeños granos de arena se pueden formar inaccesibles montañas. Nosotros procuramos extender en España el conocimiento de la literatura portuguesa segun la medida de nuestras fuerzas; hagan lo mismo cuantos se interesen por la idea del iherismo, y bien pronto serán populares en nuestra patria los nombres y las obras de los escritores lusitanos. Dichas estas palabras á guisa de introduccion, comencemos nuestras reseñas crítico-bibliográficas.

Francisco Marques de Souza Viterbo, El joven redactor del *Jornal do Porto* Sr. Souza Viterbo, ha publicado en el año de 1870 un pequeño poema titulado *O Anjo do pudor*, y una coleccion de poesias que lleva por título *Rosas e Naveas*.

O Anjo do pudor es un poema alegórico donde se reflejan esas pavorosas dudas y esas risueñas esperanzas que se hallan en el fondo de todo pensamiento contemporáneo. Porque la verdad es, digan lo que quisieran ciertos optimismos utopistas, que si el arte en nuestra edad no presenta la sombría desesperacion de Byron, Leopardi y Espronceda, ni siquiera la ironía mordaz de Balzac y de Larra, es porque ya se ha llegado á *dudar de la duda*, que es la quinta esencia del más refinado excepticismo.

Así vamos en el poema del Sr. Souza Viterbo, que al lado de vigorosas frases, señalando la impudicia de las costumbres contemporáneas y aun pudiera decirse que hasta los defectos de la creacion divina, se hallan protestas de fé en la grandeza y la sabiduría de Dios, tan ardientes y apasionadas, al ménos en la forma, cual las que inspirar puede el más puro misticismo. Tal es nuestro siglo que duda y vacila, sin atreverse á llegar á la satánica grandeza de la negacion y sin poder adquirir la fé tranquila de la afirmacion divina.

En su coleccion de poesias líricas *Rosas e Naveas*, presenta el Sr. Souza Viterbo algunas composiciones verdaderamente inspiradas y llenas de fuego poético.

Sobre todo las poesias amorosas se distinguen por el verdadero sentimiento que en todos sus versos se refleja. Bien es cierto que cuando los poetas de la época actual cantan amores, suelen dedicar sus versos á personas que realmente existen, y no á aquellas Pílis y Amarilis, muchas veces imaginarias, que figuran en las composiciones de los poetas bucólicos del pasado siglo. Pero existe un límite en el cual el amor á la mujer se transforma en el amor arquetipo á la belleza ideal; es el simbolismo de Helena en la antigüedad clásica; es el subjetivismo eterno de la pasion, jamás satisfecha en la tierra; ese subjetivismo que hizo exclamar á nuestro Espronceda:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las alidades y odiosas,
La extrañeza que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas;
Es el amor que recordando liara
Las reboladas del eden divinas,
Amor de allí escapado, allí nacido,
Que en vano busca aqui su bien perdido.

Esta inspiracion entre amorosa y filosófica, dió al Sr. Souza Viterbo la poesia titulada *Omnia*, que puesta en castellano dice así:

Aleja te y olvida; deja que raiga al fondo
La cordia que un momento flota sobre la mar;
Vuelve al eterno espacio; si del de Júpiter
Resaja en otros mundos tu cálido mirar.

Luchas es mi destino; en noche tempestuosa
Atumbéramel frente el rayo abrasador;
Nacido en el trébol hurta de amorosa desventura,
Sóy reprocha cuando del cielo del amor.

No alumbré tu entrada los sócrates de mi mente,
Aleja te y olvida, cobredentera luz!
No pretendas saltarme, mi vida es un gusano,
Déjame llevar solo el peso de mi cruz.

Vela tu clara lumbre, encantador ensueño,
Vela tu clara lumbre, que el mundo ha de trocar
Tus transparentes alas en pedablon montuoso,
Y tu nevado seno en falda de algar.

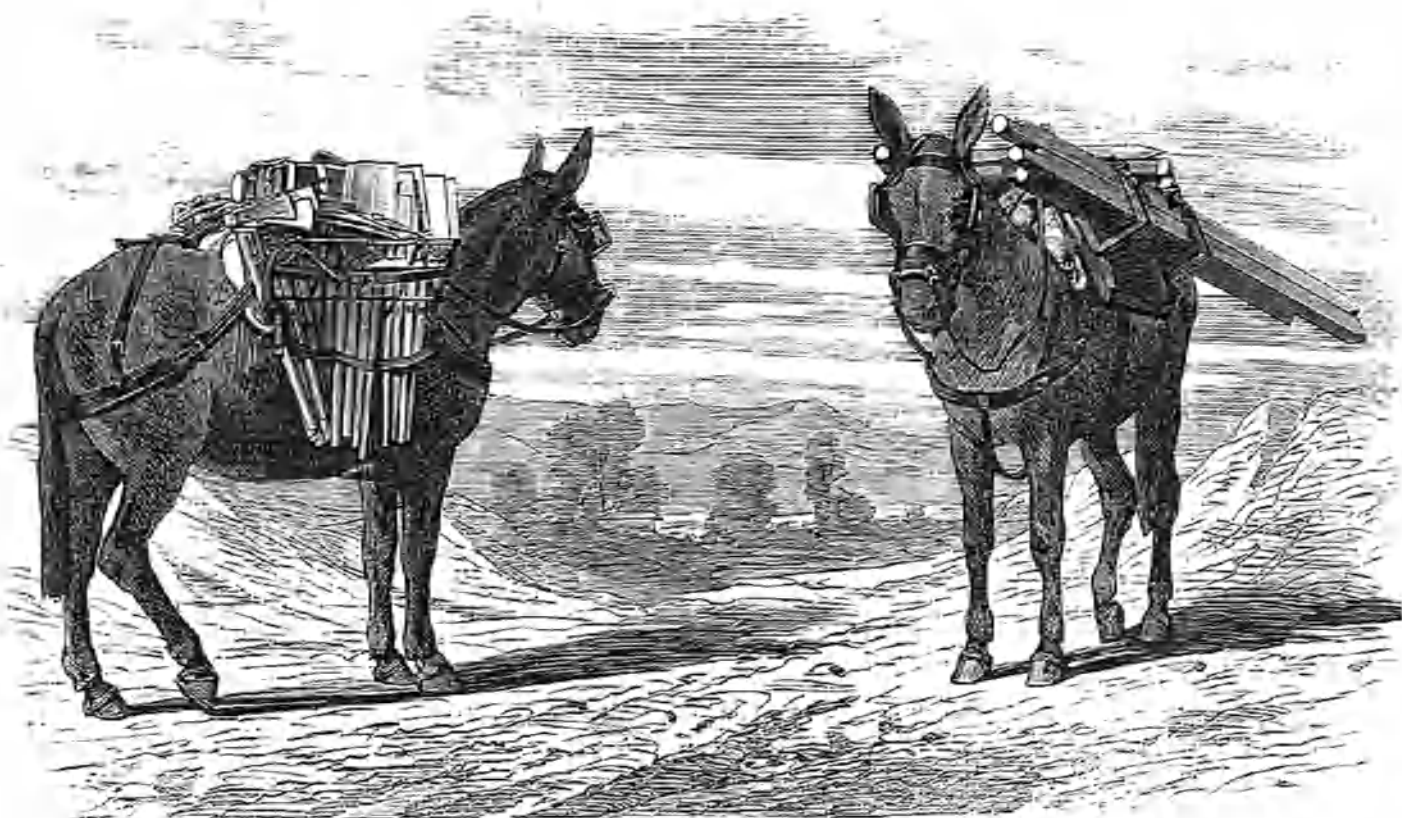
Más detenido exámen mereceria la coleccion de poesias *Rosas e Naveas*, pero lo dicho basta para indicar que el Sr. Souza Viterbo es un poeta lirico que sabe sentir y sabe pensar. Hoy, que se halla en la primavera de la vida, canta el amor; mañana, cuando la nieve de los años haya apagado algun tanto el fuego de sus juveniles pasiones, es de esperar que sabrá cantar con la misma vigorosa entonacion el eterno, el imparcendero amor que inspira el ideal de la perfeccion absoluta, estrella resplandeciente que guía á la humanidad por el sendero de la vida.

Costa Goodolphim. La noche del 16 de mayo de 1871 es una fecha que debe ser recordada por todos los que desean la fraternidad, ya que no la union, de la patria de Camoens y de la patria de Cervantes. Reunidos en un amistoso banquete varios escritores y diputados portugueses que habian venido á pasar en Madrid la festividad de San Isidro con gran número de periodistas, literatos, artistas y hombres políticos españoles, se dió una prueba palpable de que los odios que ántes inspiraba la exagerada preocupacion del patriotismo van desapareciendo de dia en dia, para dejar plaza á la más alta concepcion de la solidaridad de los pueblos, y del común destino humano de todas las razas que sobre la tierra han aparecido. Allí se oyeron confundidas en una misma aspiracion las elocuentes frases del diputado portugués Alves Matheus y del eminente orador español Emilio Castelar; allí pronunciaron entusiastas brindis Moreno Nieto y José Tiberio, Alberda y Teófilo Ferreira, Calvo Asensio y Oliveira Pires; allí el director de *La Epoca* Sr. Escobar, que presidia el banquete, fijó con correcta y elegante frase el sentido que debía darse á aquella reunion fraternal de los dos pueblos peninsulares; allí el alcalde popular de Madrid, Sr. Galdo, recordó la cariñosísima acogida que siempre habian encontrado los emigrados españoles en la nacion portuguesa, y excitó al Sr. D. Benigno Joaquín Martínez, dedicado desde hace muchos años al estudio de la literatura portuguesa contemporánea, para que dijese algunas palabras en tan solemne ocasion; allí el Sr. Martínez, correspondiendo á esta invitacion, brindó por la grata memoria de Fonseca Magalhães y José Estevo, como los decanos de la imprenta portuguesa; allí, por último, se oyeron los inspirados versos de Garcia Santisteban, Evaristo Silió y Victor Caballero. Y no por olvido, sino intencionalmente, hemos dejado de citar entre los poetas al popular Manuel del Palacio, pues nos propusimos transcribir á continuacion el soneto que allí leyó, donde respetando hasta la más esquisita susceptibilidad anti-ibérica, dijo así:

Juntos ayer, el indico oceano
Acometiendo hazañas de titanes
Vid á Pizarro, Cabral y Magallanes,
Mendes y Quiros, Gama y El Cano.
Juntos dieron su sangre al africano
Cien de nuestros valientes capitanes,
Y juntos lamentaron sus afanes
Dos gentes gloria del linaje humano.
Si turbados y feroces la tirania
Robaros pudo vuestra dulce calma
En triste edad para la patria mia,
Ya agostado el laurel, seca la palma,
Por otra union brindáramos este dia:
La que estaza es el cuerpo, sin el alma.

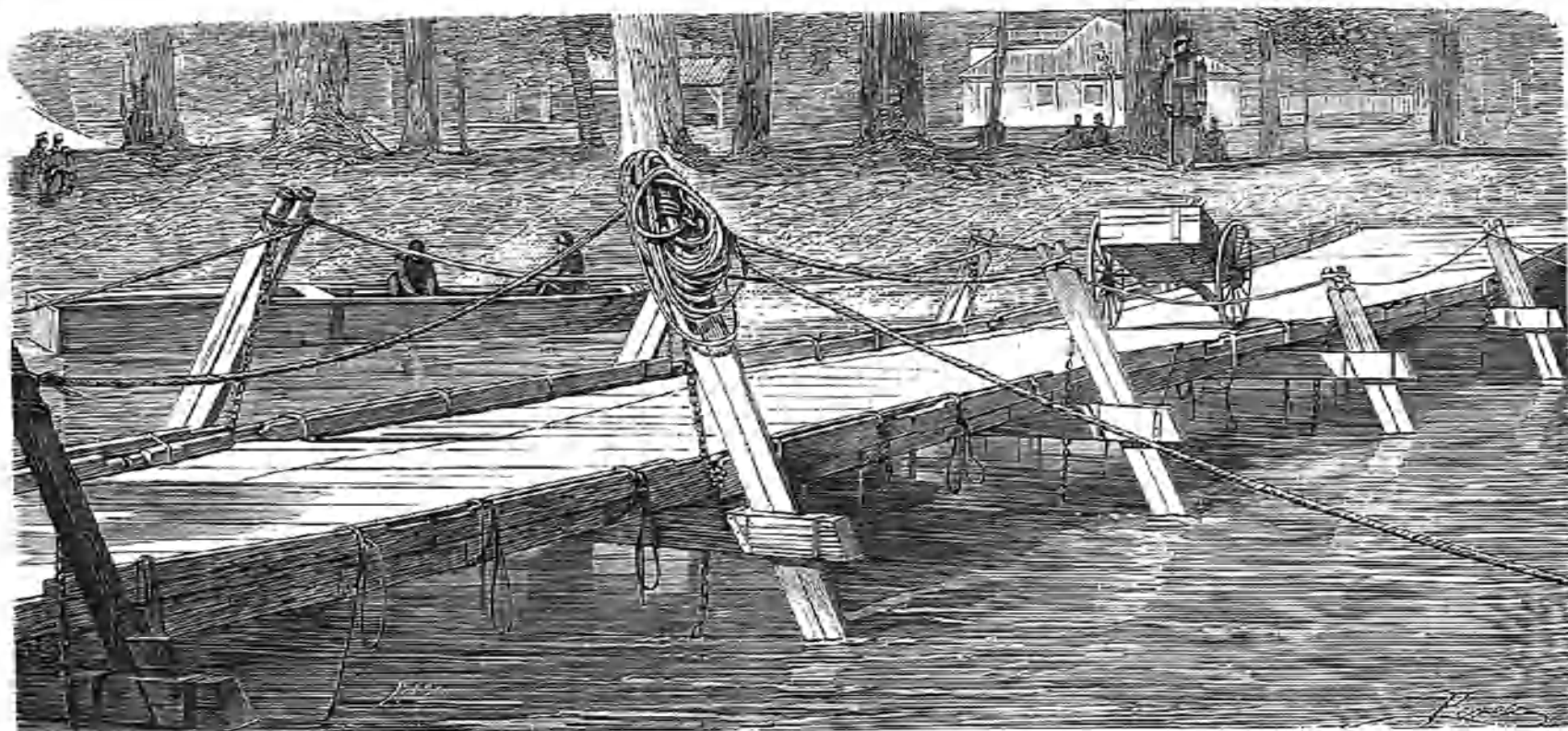
Dajándonos llevar por los gratos recuerdos de la noche del 16 de mayo de 1871, hemos tardado en decir, quizá más de lo que debiamos, que entre los escritores portugueses que á aquel banquete concurrieron, se hallaba el Sr. Goodolphim, autor de varias obras en prosa y verso, y que despues ha consagrado un volumen lejosamente impreso á relatar las impresiones que le produjo su corta residencia en España. Titúlase este libro *Visita a Madrid*, y para que pueda juzgarse del espíritu con que se halla escrito, traduciremos á continuacion los primeros párrafos del capítulo primero, que dicen así:

«Ciertamente que la historia de esta península, Portugal y España, no registra en sus páginas ningún hecho semejante al que presenciáramos desde el 13 al 20 de mayo de 1871: un abrazo fraternal entre sus dos pueblos. Fue la vara mágica del progreso, la que aumentando la rapidez en los medios de viajar, supo hacer este milagro. Este es el primer paso que en el camino de la Ilustracion han dado reunidos dos pueblos hermanos; y tal ejemplo será seguido por las generacio-



PARQUE DE CAMPAÑA.

TREN DE PUENTE.



PUENTE MILITAR.

nes venideras, que llegan ya purificadas de ruinas y viejas preocupaciones. España era para nosotros un país remoto; España era un recuerdo pavoroso; hoy es un pueblo vecino al cual estrechamos la mano fraternalmente.

«Las téntricas figuras de los Felipes se envuelven en la sombra de los tiempos y descienden al sepulcro del eterno olvido. Las nuevas generaciones templan su espíritu en otras creencias y otros ideales, y no deben de ir á buscar en lo pasado esos sudarios que envolvían á las naciones al ir á precipitarse en profundos abismos. Portugal, aunque pequeño, ha ocupado un lugar importante entre las naciones de Europa. Portugal, que supo conquistar y afirmar su independencia con un valor sublime, que si llegó á los últimos grados de la decadencia en 1580, después se levantó de nuevo fuerte, imponente, magestoso, debía recordar que la causa de tan amargas pruebas fueron ese rey fanático llamado don Juan III, ese viejo imbécil que fué ministro de Dios é inquisidor, esa turba, en fin, de áulicos prostituidos, que son siempre los verdugos de los pueblos. Y levan-

tando más el pensamiento, analizando la fundación de la monarquía portuguesa, habría que recordar que esta península, que toda reunida podía ser grande y poderosa, se halla dividida en dos pueblos por la ambición de un hombre. Si no hubiese existido ese aventurero francés ú holandés, el conde D. Enrique, á quien se le antojó tornar los dos pueblos peninsulares en dos Caines, esta península toda unida sería hoy un imperio, una monarquía ó una república fuerte, gigante, que dictaría leyes á la Europa, en vez de estar en muchas ocasiones bajo la presión de un pueblo que, á semejanza de los usureros, ríe y goza cuando los otros pueblos lloran y padecen.»

Para explicar el espíritu que ha inspirado las apreciaciones que acaban de leerse, bastará decir que el autor del libro *Visita á Madrid* es republicano, y según parece en el partido republicano portugués es donde al presente se hallan más partidarios de la unión con España, bajo la base de constituir una federación, ó mejor, una confederación ibérica.

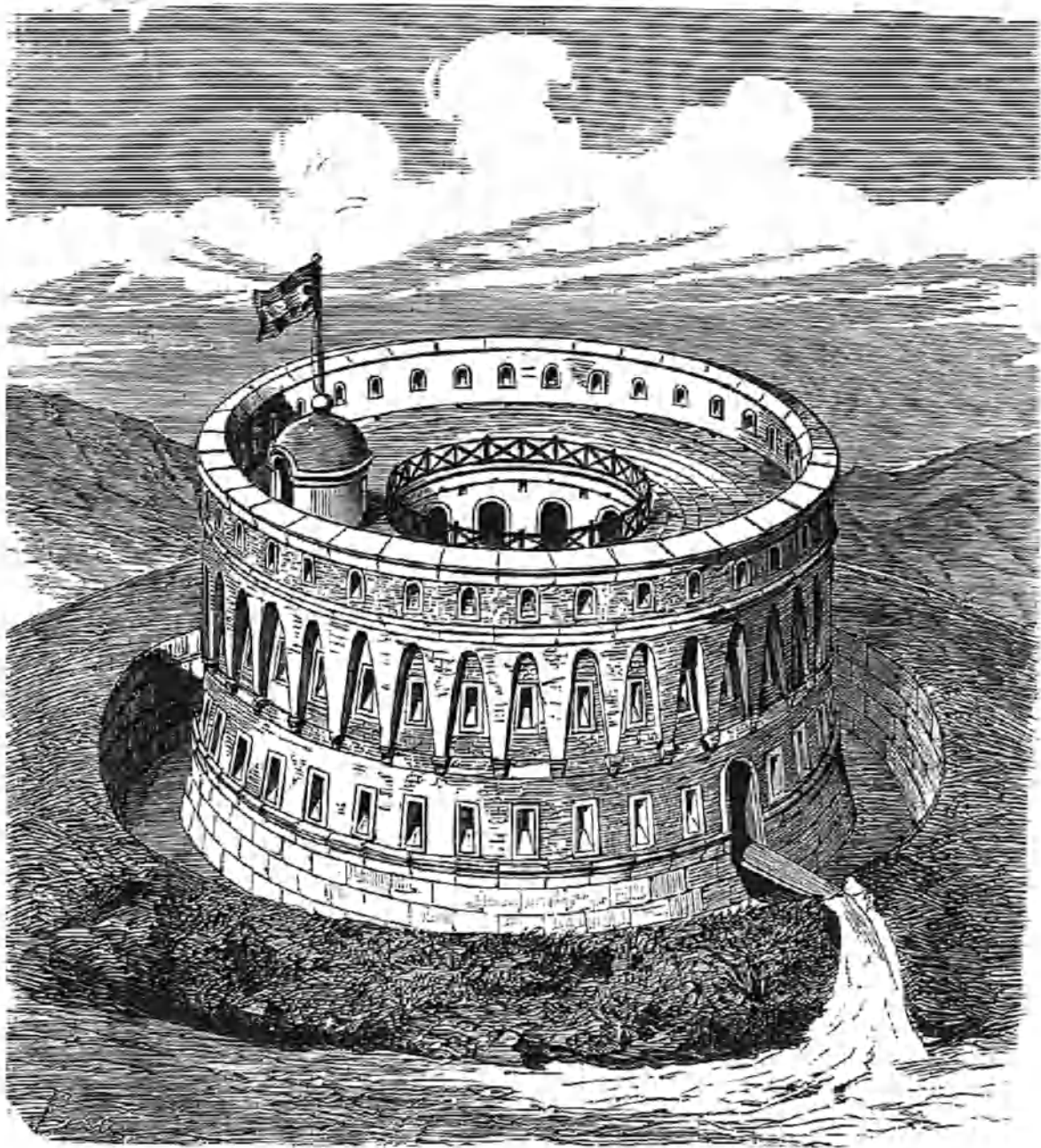
El Sr. Goodolphim, en la colección de poesías que ha

publicado bajo el modesto título de *Versos* (Lisboa, 1871), ha dedicado un entusiasta canto á la república que comienza en esta forma:

*¡Oh! Saied! Luz suprema da república,
O grand'ben bem da humanidade;
Tu d'outras de mas de eternidade
Pra' a terra reger a causa pública.
Tu és o grande bem, o bem supremo
Adotando da vida as mil agruras.
Cavido dos ojeitos, as futuras
Eldades, anhelando o bem extremo.*

El Sr. Goodolphim ha publicado, además del libro ya citado, otras varias obras poéticas intituladas: *Primeros versos*, *Legendas árabes*, *Pasado y presente*, *Eva y Monumento á Camoens*; y prepara la publicación de una obra en prosa cuyo título *Dios y el hombre*, *Cristo y la Iglesia*, *los Concilios y los Papas*, deja ya entrever el espíritu cristiano racionalista que en sus páginas ha de dominar.

Nosotros sólo conocemos del Sr. Goodolphim los dos libros *Versos* y *Visita á Madrid*, y así es que para juzgarle como poeta habremos de limitarnos á examinar



TORRE PARA FUSILERIA, CONTRA LOS MOROS.



INTERIOR DE UN ALMACEN DE PÓLVORA.

las composiciones que se hallan en su colección poética ya citada, la cual se compone de unas cuarenta poesías, amorosas unas, políticas otras y filosóficas algunas.

Entre las poesías políticas, es digna de mencionarse la dedicada á cantar la gloria de la revolución española de 1808, escrita con gran valentía de conceptos, en un metro semejante al que usó el insigne Manzoni en su célebre oda á la muerte de Napoleón. Esta poesía se halla dedicada á nuestro compatriota el Sr. D. Benigno Joaquín Martínez.

Las poesías amorosas del Sr. Goodolphim se distinguen por un sentimiento en que se halla más bien la delicadeza de la ternura amorosa, que el fuego y los arrebatos de la pasión.

Como entre el amor y la amistad, tratándose de personas de distinto sexo, existe bastante semejanza, bien puede considerarse incluida entre las poesías eróticas del Sr. Goodolphim, la que se titula *El retrato de una poetisa*, que traducida libremente al castellano dice así:

En esa blanca frente,
¡Oh! dulce poetisa!
Bien claro se diría
Tu noble, generosa inspiración.
Y en ese mirar fúro,
Tan puro, al par que ardiente,
Revelase á la mente
La dicha celestial de la pasión.

¡Oh! como de tal alma
La pena ahuyentaría
La cédula arrojando
Que hace soñar en glorias del eden.
Si, que al oír los ecos
De tu voz inspirada,
Creyérase transformada
La tierra en la mansión de eterno bien.

¡Y siempre melancólico
Elevase tu canto!
¡Tal vez amargo llanto
Inunda tus mejillas sin cesar!
Tu alma, ¡oh! poetisa!
Y no ama, ni cree, ni espera!
¡No ve la primavera
La muerte en su vida muda transformada!

Esas flores marchitas
Que mostraste en tu mano,
¡Bastante, es preciso
Que enluciera tu diciente inspiración!
¡Tal vez resulte pena
Amarga ya tu vida,
Tal vez lloras perdida
La primera, dulcísima ilusión!

¡Oh! levanta tu frente,
Y cree y espera y ama,
Mira cómo se llama
Siempre hacia el cielo marca su ascension.
Saca, saca tu llanto,
Eleva tu voz pura,
Y hallarás la ventura
Del arte en la sublime inspiración.

Entre las poesías de carácter filosófico que se hallan en la colección que examinamos, merecen citarse las intituladas *¡Único!* y *El Monge*. Esta última se halla dedicada á la distinguida poetisa *Excma. señora doña Mariana A. de Andrade*, y en ella se encuentra un diálogo animadísimo entre un ascético anacoreta y un empedernido escéptico; es un diálogo entre la fé y la duda, en el cual acontece, como en el *Fausto* de Goethe, que el espíritu *metastafético* suele entonar con frecuencia el himno de la victoria.

En la poesía titulada *¡Único!* el Sr. Goodolphim menosprecia todos los juicios humanos, conservando íntegra su fé en los altos juicios de Dios. Así fueron, en efecto, los cínicos de la antigua Grecia, y así son y serán los idealistas de todos los tiempos y países.

Al comenzar esta breve noticia literaria del señor Goodolphim, hemos traducido los primeros párrafos del primer capítulo de su libro *Vista á Madrid*, donde se ven reflejados sus altos pensamientos acerca de los lazos de fraternal unión que deben unir á los dos pueblos peninsulares: para terminar traduciremos también los últimos párrafos del mismo capítulo, en donde aparece aún con mayor evidencia el patriótico ideal que vive en su poética fantasía.

Si fuese posible, dice el Sr. Goodolphim, arrancar del pecho de los portugueses el sentimiento de amor á la independencia de este rincón del Occidente que se llama Portugal; si un poder mágico pudiese tornar á los portugueses en españoles, ó los españoles en portugueses; si toda la Península constituyese un solo Estado, digámoslo con franqueza, se formaría de estas dos naciones una nación poderosa que abatiría el orgullo de

esos pueblos que intentan dar leyes al mundo con la dialéctica de la ametralladora ó con la punta de la espada, manchando de sangre las páginas de la historia de este siglo que se llama de progreso.

LUIS VIDART.

A PETISCA.

En la página 96 de este número publicamos el bellissimo dibujo de nuestro amigo y corresponsal artístico en Lisboa, D. Rafael Bordallo Pinheiro, cuyo dibujo da razon de una de esas costumbres populares que el elegante lapiz del Sr. Bordallo sabe reproducir con una gracia inimitable.

El Sr. Bordallo Pinheiro, que cultiva con fruto el género en que tanto se han distinguido Cruishenck, Gavarni y Oham, es, á nuestro juicio, el primero entre los caricaturistas portugueses; más de una vez ha honrado con sus obras las planas de LA ILUSTRACION DE MADRID, y no será esta la última muestra que ofrezcamos á nuestros lectores del talento de tan apreciable artista.

Acompaña al dibujo un artículo del escritor portugués D. Juan Morato Romo, que al favorecernos con su colaboración obliga también nuestra gratitud y cuyo trabajo insertamos á continuación de estas líneas.

X.

LOS PILLUELOS DE LISBOA.

A PETISCA.

No sé si en otros países existe la *petisca*; ¿por qué no ha de existir! En España, en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Portugal se juega al tresillo, al whist, al boston, l'ecarté y no sé cuántas combinaciones más; ¿será la *petisca* oriunda de Portugal y estará tan encariñada con la tierra patria que ni una vez al menos se haya atrevido á traspasar las fronteras? Tanto que me ha de faltar paciencia para acometer las investigaciones necesarias para contestar á estas preguntas.

Es la *petisca* un juego de las calles, pasatiempo de los vagabundos adolecentes y delicia de los estudiantes en las horas de huelga y de recreo.

Las madres se estremecen de espanto al oír pronunciar ese nombre horrendo de *petisca*.

Para ellas un pasatiempo inocente, inofensivo, y representa para ellas muchas y amargas horas de sufrimiento y de trabajo y no poco dinero disipado.

Los muchachos salieron de la casa materna limpios, arreglados, con los *viates* bien zurcidos, y vuelven como unos saltadores de caminos, rotos, sucios, con la cara magullada, hecha una lástima y sin un botón en el vestido.

Jugaron los desgraciados, y la adversidad y el azar los maltrataron y nada les dejaron. Perdiéron una vez, y otra, volvieron á perder, lo perdieron todo, perdieron hasta el último botón.

Aparecen en el umbral de la puerta, lacrimosos, sosteniendo con trémula mano los calzones, y dirigiendo alternativamente tímidas miradas ya á la madre, ya á los objetos suspendidos en las paredes.

¿Quiéren mis vecinos saber lo que es la *petisca*? Es un juego modesto, popular, sin pretensiones ni exigencias de ninguna especie: bástale una pequeña escavacion practicada con el dedo en cualquiera rincón de la calle. No tiene con el terrible *tapete verde* de los jugadores otra relacion ó parecido que el del color de aquel con el de las yerbecillas que rodean el hoyo donde deben ir á parar las *chinas* ó tantos.

Antes de dar principio á la partida, grita uno de los que dominan el cotarro:

¡Piedrecilla, piedrecilla, quién quiere ser mi madre!

Y presenta á los demas muchachos ámbas manos bien cerradas; en una de ellas tiene una piedra pequeña, un botón, un objeto cualquiera, y el que acierta en cuál de ellas está, es *mano* ó el primero en el juego.

El número de los jugadores no tiene límite; pueden tomar parte en la *petisca* dos ó una docena, 25 ó 100.

Colócanse á cierta distancia del hoyo y tiran sus *chinas* ó *marcas*, tal vez acabadas de arrancar á las camisas, á los calzones, á las chaquetas, cuando no son lauros y botín ganados en anteriores y raídas batallas.

El que tiene la suerte ó la maña al lanzar el botoncillo de introducirlo en el hoyo, ó de aproximarle mucho á éste, grita lleno de júbilo: «Yo soy el rey, yo soy el

rey,» y arrodillase, se inclina, se acerca procurando tomar la posición más conveniente para meter, con pequeños impulsos dados con la uña pulgar, todos los tantos en el hoyo.

A esto se llama, en la tecnología del juego, *dar os piques*.

Si consigue este fin ha ganado, recada todos los tantos y es llevado á cuestras por los jugadores chambones; cuando no alcanza el apetecido resultado viene otro á sustituirle.

Mas ¡ay de ellos si osaren infringir cualquiera ley del juego, si pretendieren hacer trampas! Entonces se les expulsa cubriéndoles de improperios, maltratándoles, y los jugadores de buena fé entregan á los vientos de la publicidad y difunden presurosos su deshonor, contando el caso á todas las tribus truhanescas.

Confieso mi pecado; me gustan los granujas, tengo verdadera pasión por esos chinelos alegres, descuidados, que viven no se sabe cómo, que rien de todo, que nos persiguen con sus burlas, casi siempre graciosas, que dan ingeniosos nombres á las diferentes prendas de nuestro vestido.

El granuja es bueno, franco, de corazón abierto y no anda muy lejos del *gracho*, su ideal sublime.

Sabe conocer las llagas sociales; pone su dedo poco limpio en todas las heridas; rie de todas las vanidades; gústale arrancar la máscara á los Tartufos, silba la canción del general Boum en las grandes paradas militares.

Pasa la vida con la cara alegre como el sol de mayo, haciendo muecas á los hombres graves y dividiendo el hambre con los pasos del can-can.

El granuja es el jilguero de las ciudades y la caricatura animada del siglo en que vive.

JUAN MORATO ROMO.

Lisboa, 20 de marzo 1872.

TAJOS DE GAITÁN.

Creemos que nuestros lectores han de agradecernos que les demos á conocer la vista de esas imponentes montañas en cuyas entrañas penetra la locomotora y en las que se ha construido un túnel de laboriosísima y arriesgada ejecución, venciendo dificultades que parecían insuperables y con la fortuna, más rara aún en obras de esta clase, de que no haya ocurrido una sola desgracia personal.

Los *Tajos de Gaitán* constituyen la parte más pintoresca del camino de hierro de Córdoba á Málaga, y la inteligencia con que han sido horadados merecerá siempre la aprobación y el respeto de cuantos se dedican al estudio de estos atísimos problemas de construcción.

DON NARCISO SEVILLA.

El día 30 del último diciembre exhalaba en Madrid el último aliento el distinguido artista D. Narciso Sevilla. Jóven todavía Sevilla, que había pasado los breves años de su vida dedicado al arte con todo el entusiasmo de su alma, ha desaparecido de entre nosotros, sus amantísimos amigos, que admirábamos su talento, sus virtudes y su nobilísimo carácter: se ha separado por primera vez de su adorada é inconsolable madre para esperarla en el cielo. ¡Ha muerto cuando todo le sonreía, cuando comenzaba á recoger el fruto de tanta laboriosidad y de un extraordinario mérito!

Quisiéramos escribir hoy una necrología: LA ILUSTRACION DE MADRID nos honra concediéndonos un lugar en sus planas para que desempeñemos esta tarea, y sin embargo no nos atrevemos á emprenderla; que para esto sería necesario pensar más y sentir menos que lo que en los momentos presentes les es permitido á nuestra anublada inteligencia y á nuestro angustiado corazón.

Nos limitamos, pues, á citar las principales obras del malogrado escultor, que ha bajado al sepulcro cuando apenas había cumplido 30 años.

En 1862 presentó en la Exposición de Bellas Artes que se celebró entonces, la estatua semicolosal de Martínez de la Rosa, la cual obtuvo premio y fue adquirida por la Academia Española.

En 1863 hizo el busto de tamaño natural del mismo personaje, en competencia con el que se halla colocado en el salón de conferencias del Congreso de los Diputados, cuyo busto es obra del Sr. Ponzano.

En 1864 llevó á la Exposición pública la estatua de

Hernán-Córtés, que también fué premiada, y se halla colocada en la escalera principal del Ministerio de Fomento.

Dos años después ganó en otra Exposición un nuevo premio con un bajo relieve que representa *La entrega de las llaves de Coimbra en la catedral de Toledo*, cuya obra regaló el Gobierno á la Academia de Bellas Artes de Sevilla.

En aquella época trabajó en Roma en magnífica estatua del *Maestro Fray Luis de Leon*, que fué fundada en bronce por Mr. Maurel, de Marsella, y colocada sobre un hermoso pedestal en el célebre *Patio de Escuelas* de la ciudad de Salamanca.

Entre otras obras ménos notables que sería prolijo enumerar de este insigne artista, debemos citar la estatua en mármol del príncipe de Asturias ejecutada en 1865; el sepulcro que guarda las cenizas del cantor de la *Vida del Campo*, en la capilla de la Universidad de Salamanca, y los bustos de muchas notabilidades contemporáneas de la ciencia y de la política.

La muerte le sorprendió cuando concluía el del maestro Esclava, encargado por los discípulos de ese eminente compositor; una estatua de la Virgen del Cármen para la iglesia del Barrio de Salamanca, y otra figura, copia del desnudo, representando un *jugador de chito*.

Sevilla unia á un talento profundo gran sentimiento artístico; era espontáneo en la composición, pero tal vez carecía del reposo necesario para concluir.

Las bellas artes han experimentado con la muerte de Sevilla una pérdida difícil de reparar; sus amigos no podremos olvidar nunca el que escribe estos renglones conservará un recuerdo eterno de su gratísima amistad.

J. H. Y.

ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.

(MADRID.)

Una de las pocas mejoras que debe Madrid á las últimas administraciones que se han ido sucediendo unas á otras en España, con vertiginosa rapidez, es la creación, por decreto de 5 de mayo de 1871, de este centro de instrucción, agregado al Conservatorio de artes, en el que los obreros adquieren los conocimientos que tienen aplicación á las diversas industrias, y conquistan la inteligencia y aptitud de que antes les era forzoso carecer; con la instalación de esta escuela, á la que dedicamos una lámina en la página 88 del presente número, se ha conseguido un notabilísimo adelanto, cuyas felices consecuencias se empiezan á notar ya en nuestros talleres, apesar del poco tiempo que ha trascurrido desde que se abrieron las clases, á las que concurren más de 200 alumnos.

Se halla establecida en la calle del Turco, en el edificio que ocupó el colegio de Sordo-Mudos, hasta que fué trasladado á la casa de la calle de San Mateo, en que está actualmente, y en él se enseñan las asignaturas siguientes, por los entendidos profesores que citaremos á continuación:

- 1.ª Geometría, profesor D. Carlos Febes.
- 2.ª Dibujo geométrico, id. D. Teodoro Molina y don Antonio Marquez.
- 3.ª Perspectiva, id. D. José Avrial.
- 4.ª Adorno y elementos de figura copiados de estampas y del yeso, id. D. José Vallejo.
- 5.ª Empleo de color á las artes industriales, id. don José Marcelo Contreras.
- 6.ª Modelado y vaciado, id. D. José Bellver y don Francisco Torres.
- 7.ª Vaciado, id. á cargo de un auxiliar.

Nuestro grabado representa la clase de dibujo geométrico.

Teníamos preparados los materiales necesarios para escribir una reseña minuciosa y detenida de este importantísimo establecimiento de enseñanza; pero la falta de espacio nos obliga á encerrarnos en los estrechos límites que contienen estas noticias. No concluiremos, sin embargo, sin hacer una observación: nosotros aplaudimos y aplaudiremos siempre el pensamiento que dio vida á la Escuela de Artes y Oficios; no hemos de esquecer las alabanzas que de justicia y más que á nadie se deben á su inteligente y zeloso director D. Luis María Utor, que comparte con los dignísimos profesores la noble misión que estos se han impuesto de difundir la instrucción entre nuestros honrados obreros, y al cual como á éstos se debe la organización perfecta y ordenada marcha del establecimiento; pero urge trasladarle á otro local más espacioso, pues si nuestras noticias son, como creemos, buenas, no pueden matricularse

muchos de los que desean asistir á las clases, porque la capacidad de estas no admite mayor número de alumnos que los que ahora concurren á las mismas, y urge sobre todo que se establezcan en diferentes puntos de la capital enseñanzas de dibujo, para que la clase artesana dedique algunas de las horas de la noche á mejorar y perfeccionar su educación industrial, con lo que se dará cumplimiento al citado decreto de 5 de mayo de 1871.

Esperamos que el año próximo se completarán todas las enseñanzas que deben darse en estas utilísimas escuelas, y que se montarán los talleres en la misma forma que los hemos visto instalados en otros pueblos que han acudido antes que nosotros á satisfacer esta necesidad de la industria, único medio de que nuestros obreros adquieran los conocimientos y la práctica de que hasta el presente han estado condenados á carecer.

X.

EL MUSEO DE INGENIEROS.

(MADRID.)

No habíamos visitado este Museo desde la traslación al palacio de San Juan en los jardines del Buen Retiro.

Hermoso es el conjunto que presenta: admira el gran número de preciosos modelos en relieve, que artísticamente colocados desenvuelven como en panorama toda la ciencia del ingeniero.

Todos los materiales de construcción, piedras y maderas de nuestras provincias peninsulares y de Ultramar se ven ordenadamente clasificados. Sorprende la numerosa colección de armaduras para cubiertas de edificios. No es posible dejar de fijarse en los modelos de fuentes, que abrazan desde la cimentación de las pilas hasta terminar los arcos ó el asiento de cerchas de hierro. Todas las obras de arte del canal Imperial de Aragón están modeladas, incluso la gran casa de compuertas y los detalles de construcción de la magnífica presa del Ebro.

Ofrécense á la vista los puentes militares, desde el simple árbol derribado sobre la corriente de un arroyo, hasta los trenes para pasar los grandes ríos cargados en carruajes coronados con las lanchas y pontones de hierro. Llama particularmente la atención el puente de vanguardia, llevado á lomo por mulos, como la artillería de montaña, y sus ligeros botes de goma de armadura articulada; tren que en la campaña de África fué cargado sobre camellos.

Véase en relieve todos los sistemas de fortificación capaholes y extranjeros, desde los más antiguos hasta el propuesto el año 1858 por el coronel D. Ángel Rodríguez Arroquia, jefe actual del Museo, que obtuvo una medalla de oro. Descuellan sobre todo el grandioso gabinete de Montalambert, iniciador de la fortificación llamada alemana, adquirido íntegro para este Museo en tiempo del conde de Aranda, y el que la Francia dejó vender sin la conciencia de su porvenir y de su mérito.

No es posible entrar en descripciones, sería inútil; es preciso verlo todo: allí aparecen entre otros magníficos modelos los de Cádiz, Tarifa, Cartagena, La Mola de Mahon, Figueras, Santoña, con sus obras de defensa; los de los sitios inmortales de Zaragoza y de Gerona, el de la batalla y rendición de Bailen, y el relieve de nuestra última y gloriosa campaña de Africa: y en medio de este formidable aparato militar, sorprende el grandioso panorama del ferro-carril de Bilbao, dominando con sus estudiadas y atrevidas revueltas las fragosidades de la Peña de Orduña.

Termina tan vistoso é instructivo conjunto con los modelos de efectos de campamento, los de las obras de ataque ó de trinchera y mina, y una preciosa colección en miniatura de las herramientas y útiles empleados en estos trabajos, incluso el tren á lomo ó de compañías de los regimientos de ingenieros.

Para que nuestros lectores puedan formar desde luego idea de las preciosidades que encierra este Museo, les ofrecemos algunos dibujos referentes á los trenes ligeros de campaña, la vista de un puente militar, la perspectiva de las torres que se van á levantar en Melilla para asegurar el desierto del río Oro, ya casi terminado; y como contraste de estas obras contra los moros, el interior de un almacén, totalmente recubierto de tierras, según se hace preciso construirlos en la actualidad para resguardar las polvoras contra el potente choque de los proyectiles de la artillería moderna.

BERNARDO RICO.

NUEVOS HALLAZGOS ROMANOS.

En Director de LA ILUSTRACION DE MADRID:

Muy distinguido amigo: Cada día ofrece la antigua *Palencia* nuevos motivos de estudio para los aficionados á las investigaciones históricas. No se hacen exploraciones oficiales porque la comisión de monumentos no tiene medios, pero se hacen excavaciones casuales, sin orden ni concierto, por los pobres que removiendo tierras buscan huesos para saeas, vendiéndolos, un misero jornal.

En una zona determinada, que se extiende al E. de la ciudad, paralela á la vía férrea y entre ambas estaciones del N. y del NO., se han practicado muy á menudo excavaciones de ese género y se han hecho hallazgos de los que LA ILUSTRACION ha dado cuenta ya. En las verificadas durante los últimos días de enero y en todo el mes de febrero, los resultados obtenidos son sumamente apreciables. Algunos entusiastas recolectores, entendidos unos, ignorantes otros, han aumentado sus colecciones con más de doscientos objetos, de los cuales una copia de los más curiosos remito á Vd. para su acreditada publicación: en ella pueden verse: un precioso estilete de asta de ciervo terminado por un busto; dos pendientes de oro; dos falos bien caracterizados; una pulsera de hierro; un broche y una fibula de bronce; unas tijeras, una punta de flecha, unas pinzas, tres agujas de fabricar redes, varios estiletes de hueso; agujas de hierro; una cucharilla, un broche y un dijeito en forma de corazón con esmaltes.

Aras pequeñas con labores rudas; vasos de barro saguntino con las marcas: GELU.—EX. OFI. CLO.—F. COR; fragmentos de vidrio de muy diversas formas, se han hallado muchos.

La colección de monedas recogidas sube á unas 200, y entre ellas 20 ó 30 admirablemente conservadas.

En las halladas en enero y febrero, sólo hay ejemplares de los tres primeros siglos del imperio, y entre ellas un gran bronco de Nerva; algunos Cláudios y Neronos y varias piezas coloniales de Cartagena y Zaragoza.

En las excavaciones que se hicieron algun tiempo antes delante de las oficinas del ferro-carril del Noroeste, casi todas las monedas encontradas eran del cuarto siglo; un grupo de 500, la mayor parte de los hijos de Constantino; alguna de Juliano y hermosos ejemplares de la emperatriz Helena.

Hay además monedas de Magnencio, Decrecio, Máximo, Victor, Graciano y otros emperadores. Sobresalen por su mérito un Vespasiano de plata, conmemorativo de la campaña judáica, en cuyo reverso se lee: *Juden Capta*; y otra de la hija de Tito, Julia, también de plata.

Los hallazgos se multiplican siempre que se trabaja; Palencia va dando ya miles de objetos y de monedas, y sin embargo, la ciudad ni la provincia no tienen un pobre museo que podía ser, sin ningún género de duda, uno de los primeros de España.

Tal vez muy en breve se hará un hallazgo notabilísimo que está ya indicado y del cual daré cuenta á Vd. mandándole dibujos y detalles.

De Vd. afectísimo S. S.,

RICARDO BECERRA.

Palencia 8 de marzo de 1873.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

de

D. ALVARO ROMEA.

(Continuación).

De alegría y tristeza sirvió esta carta para María, pues si bien la daba el chico esperanzas de verle, era lo cierto que iba á exponer su vida en una de esas luchas fraticidas que, lejos de resolver un problema social, tienen por único objeto satisfacer la ambición de algunos hombres, que no tienen bastante valer para ser conocidos á la luz bisulcheora de la paz.

Las revoluciones para ser disculpables es preciso que la razón que las motive sea tan grande que aminore la horrible atrocidad de que se sirven para conseguir su objeto.

Más claro es preciso que el fin sea tan justo que pueda disculpar el medio.

En aquel entonces, con efecto, se sublevaron algunos

pueblos de la Península, cosa bastante común por desgracia en nuestra España.

El gobierno, como es natural, mandó tropas para reprimirlos, y ved, como ahora sucede con Manolo, ir un número de hombres á batirse, quizá á la misma provincia, al mismo pueblo donde nacieron, con sus amigos de muchacho, con sus hermanos, ó quién sabe si con sus padres!...

Mas dejándonos de consideraciones, volvamos á nuestra historia, y abandonando á María con la pena que le causó la noticia de que su novio iba á entrar en campaña, vamos á visitar á la pobre Carmen, que tan malparada quedó con las bruscas respuestas de su amante.

Otra togea tu favor
Y yo me siento morir,
¿Puede haber mayor dolor
Que no me quieras oír?—

Exclamaba Carmencilla cada vez más triste.

Todo cuanto estaba á su alcance había hecho por ablandar el corazón de José, pero inútilmente: duro como el marmol, la repetía siempre lo mismo:

—¡Me das horror!

Carmen, muerta de tristeza por el mal pago que el hombre á quien quería le daba, y viendo que ni con lágrimas ni súplicas adelantaba camino, decía desesperada:

—¿Qué poco conocía el corazón de los hombres aquel que dijo:

Mujer, hora y vencerás
Si tu amante te desdicha,
Que hay un adagio que dice:
Lágrimas quebrantan peñas.

Y también solía añadir al contemplar que su llanto no encontraba consuelo:

Gotas parecen mis lágrimas,
Gotitas de agua del mar,
En lo amargas, en lo muchas,
Y en que al cabo me ahogarán!...

Sobre todos los disgustos que pesaban sobre esta niña, vinieron á completar su situación las continuas ausencias de uno, dos, y hasta tres días que el bueno de su padre había dado en hacer, sin que nadie averiguara la madriguera donde se metía durante aquellas desapariciones.

Carmen estaba asustada, tanto más cuanto que su padre siempre que aparecía después de una de aquellas misteriosas ausencias, contra su costumbre, la daba á la muchacha unos cuantos duros, en vez de pedirle algunos cuartos, y como sabía las mañas que había descubierto últimamente el Sr. Francisco, sospechaba que alguna fechoría era el origen de aquel dinero.

Después de haberse acostado una noche Carmencilla, sintió llamar á la puerta de su casa, y como Francisco hacía tres noches que estaba ausente de ella, bajó la muchacha corriendo á abrir la puerta presumiendo fuese su señor padre.

No se equivocó la chica: Francisco era el que llamaba, pero no sólo, venían con él seis hombres bastante mal fachados.

Si Carmen no hubiera visto entre ellos á su padre, de seguro hubiera pedido socorro creyéndoles una partida de malhechores.

Sin embargo, Carmen no los había reparado bien, pues más de uno de ellos, á pesar de los trajes que vestían, se conocía fácilmente que debían ser gentes de mejor pelo.

Entraron, como iba diciendo, los siete hombres, cerraron la puerta á piedra y lodo, y Francisco mandó á su hija que se acostara y que al siguiente día cuidara de levantarse al rayar la aurora.

Los seis desconocidos se posesionaron del cuarto del amo de la casa, y después que éste se informó de que su hija estaba acostada, se reunió con ellos y se pasieron los siete á hablar tan sumamente bajo, que nadie pensara que en aquella habitación había alma viviente.

XVII.

Apenas rayaban en el Oriente los primeros albores de la mañana, cuando salían con Francisco los seis huéspedes que alojó la noche antes en casa. No bien estuvieron en la calle, cada uno se fué por su lado sin hablarse una sola palabra.

Francisco se dirigió al establecimiento del tío Ramon. Una porción de hombres de lo más escogido adornaba aquel recinto.

En cuanto vieron entrar al Sr. Francisco, todos se levantaron y cada cual le ofrecía el sitio que ocupaba.

Aquel sin sentarse siquiera, les dijo:

—Compañeros: las últimas órdenes que he recibido son que os diga que de un momento á otro se necesita que cumplais vuestras palabras: ¿Estais dispuestos?

—Sí, sí! murmuraron todos á una voz.

—Pues entonces, ahí va eso para que behais á la salud



A PETISCA.

de nuestra próxima victoria; y Francisco arrojó un puñado de dinero sobre la mesa.

—¡Viva el Sr. Francisco! gritaron todos.

—¡Animo y alerta! añadió el victoreado; y luego, acercándose á uno de ellos, le dijo en voz baja: Cuida tú de que los nuestros anden siempre alrededor de mí desde el primer momento, y ya sabéis... Y salió de la taberna sin hablar más palabra.

Pocos momentos después, el pueblo había perdido su aspecto ordinario: veíanse caras nuevas por todas partes, oíanse voces y gritos por todos lados; la gente corría por las calles, y los tímidos se encerraban en sus hogares atrancando las puertas con cuanto hallaban á mano.

En uno de los extremos del pueblo veíase gente ocupada en hacer con carros y estones barricadas donde poderse defender del ímpetu de los enemigos, que al presente no existían. Allí, dando órdenes y mandando á diestro y siniestro, vimos á uno de aquellos forasteros que hospedó la noche antes en su casa el Sr. Francisco.

Así que el Sr. Francisco vio á la gente engolfada por las calles, previno á la suya y se dispuso á poner en acción aquel adagio que dice: «A río revuelto... ganancia de pescadores.»

No habían transcurrido dos horas, cuando un pelotón de soldados se aproximó al pueblo; pero aunque intentaron entrar, eran pocos y los rebeldes estaban bien atrincherados: de manera que fueron rechazados en breve espacio.

En cuanto el Sr. Francisco oyó que la *Besta* se había comenzado, se entretuvo con diez ó doce compañeros más que á su lado llevaba, en esquivar á todo su sabor las casas de los que en el pueblo pasaban por más rícos.

Entretanto que esto sucedía, la pobre Antonia y su

hija, encerradas en su casita, bamblaban como la hoja en el árbol.

El tío Pedro sacó un enorme fusil de cuando él defendió á su patria durante la guerra de la Independencia, y cargándolo hasta la boca, se dispuso á defender su domicilio en caso de necesidad; pero por fortuna los rebeldes aún no se había acercado por aquellos alrededores.

Carmencilla, en cuanto supo lo que sucedía, quiso averiguar el paradero de su padre, y despreciando el peligro salió en su busca.

Mucho tiempo tardó la pobre muchacha en encontrar al autor de sus días; pero al fin y al cabo dió con él, cuando salía con su cuadrilla de haber sembrado el luto y la desolacion en una de aquellas tres ó cuatro familias que tuvieron la desgracia de ser visitadas por él.

Así que Francisco vio á Carmencilla, la envió á su casa echándola de su lado de mala manera.

Por pronto que quisieron acudir á evitar los atropellos cometidos por la partida de Francisco, ocupados los más en rechazar los soldados que anteriormente dijimos que atacaron al pueblo, pasó una hora, transcurrida la cual vieron aproximarse un batallón completo de cazadores. Entonces reunióse toda la gente, y el Sr. Francisco no tuvo más remedio que abandonar su criminal tarea.

XVIII.

Poco tiempo tardaron las tropas en apoderarse de las posiciones que ocupaban los rebeldes, y muy poco también en dar á correr el Sr. Francisco con toda su gente por calles y plazuelas lo mismo que condenados.

Arrojados del pueblo trabóse de nuevo la acción junto á la casa de María, de la cual se apoderaron los facciosos.

Un pelotón de soldados fué á apoderarse de la nueva posesion de los insurgentes, mientras el grueso de la fuerza trataba de cortarles la retirada.

Manolo, que iba en aquel batallón, ve ardiendo la casa de su novia por sus cuatro costados, y situado alrededor de ella á los facciosos. Entonces pidiendo permiso el muchacho á su jefe inmediato, se agrega al pelotón que marchaba á atacar la casa de Antonia.

Manolo avanzaba el primero; y en cuanto llegó al pié de la vereda por

donde antes subía á ver á su novia, emprende la carrera hacia arriba; sólo tres hombres le acompañaban: un tania á las balas; verdad que en aquel momento no pensaba mucho en el peligro.

Llegó por fin á la puerta de la casa, y el que no retrocedió en presencia de la muerte se inmota de pronto y da dos pasos atrás.

El tío Pedro revolcábase en el suelo envuelto en su propia sangre.

Veíanse por el suelo pedazos de vestidos de mujer, los muebles rotos, las puertas desahucijadas, y el fuego silenciosamente consumía poco á poco sus paredes.

Un sudor frío corrió por la frente de Manuel: ¿qué habría sido de su novia!...

Por fin se decide á entrar.

(Se continuará.)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CASA, PUERTO-RICA Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	32 rs.	Medio año.....	55 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	100 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	200 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »